

# **REY PEZ**

**Por Alejandro Aristimuño**

## I

El viento frío y húmedo del oriente impactaba de lleno en el rostro arrugado y cubierto de una tupida barba grisácea y con manchas amarillentas, producto de la nicotina, de Lauro Montero, quien se encontraba de pie entre los juncos, a orillas del río, con las manos temblorosas en los bolsillos de su campera impermeable. El cielo estaba parcialmente nublado, por lo que el sol de la mañana se mostraba intermitente, dibujando sombras sobre el terreno verdoso y luego borrándolas en un instante, como si nunca hubiesen existido. “Qué insignificantes podemos llegar a ser las personas”, se dijo Lauro mientras sus ojos se asomaban debajo del gorro de lana tejido mucho tiempo atrás por unas amorosas manos femeninas y que observaban el contorno oscuro e irregular de su figura reflejada en el suelo de su querido pueblo, el cual lo había acogido a él y a su familia cuando era uno de los tantos hijos de inmigrantes recién llegados a esas tierras, por entonces despobladas, desde el otro lado del océano.

Habían pasado más de cincuenta años desde su llegada a aquel pequeño y ignoto rincón del mundo y a Lauro lo abordaba ahora una sensación muy distinta de la que solía atravesar su cuerpo cuando era tan solo un niño y se pasaba horas tirado boca arriba en el juncal, con las manos detrás de la nuca, escuchando el paso estrepitoso del agua y tratando de descifrar a qué se parecían las nubes que adornaban el cielo. Ya no le quedaban demasiados recuerdos de su infancia pero ése era uno imborrable porque jamás volvió sentir una inocencia tan magnífica. En aquella etapa de su vida había podido ver una montaña nevada, una casa con una chimenea que emanaba humo, un conejo de orejas largas, una jirafa de cuello estirado, la cabezota del hipopótamo, la abundante melena del león y una serie sin fin de objetos, animales y paisajes; mientras su padre, Don Montero, pescaba en la orilla, impasible. Había escuchado muchas

historias del país natal de sus ascendientes, al que sólo alcanzó a ver en fotografías y con el que alguna vez soñó con conocer en persona. “Quizás... algún día...”, solía repetirse cuando pensaba en esa tierra lejana.

Más lejanos aún le parecían a Lauro los festivos días del comienzo de la temporada de pesca, allá, por marzo. En estos momentos realmente añoraba esa época del año aunque no siempre había sido así. Durante su niñez, Lauro sólo se había dedicado a pescar por indicación de Don Montero, por lo que durante mucho tiempo le resultó más bien una tarea escolar que un divertimento. A esto se le sumó que en un comienzo trataba de esquivar el agua ya que no sabía nadar y los otros chicos de su edad se burlaban de él cada vez que lo veían bañarse cerca de la orilla, donde se sumergía hasta la altura de la cintura. Pero a medida que fue creciendo perdió ese temor a las profundidades y se convirtió en un eximio pescador, tanto desde la costa como en bote, y así, las bromas de mal gusto y las excesivas presiones dejaron su lugar a los elogios y felicitaciones.

Los primeros acercamientos de Don Montero al agridulce río *Miti-Miti* habían ocurrido apenas se radicó en el distrito de *San Ramiro*, situado unos 100 kilómetros al sudeste de la capital de la provincia de Roca Negra, de donde nunca se volvió a mudar y se convirtió en un miembro querido y respetado de la comunidad, incluso después de morir. Los que mejor lo habían conocido sentían un gran cariño por él y su familia. Y Lauro heredó ese reconocimiento, el cual se fue agigantando cuando la fuerza de la naturaleza lo llevó a abandonar la sombra de su padre y mostrar un perfil propio.

En aquella mañana de fines de otoño junto al río, Lauro decidió no salir a pescar en aquel curso de aguas revueltas que nacía en el corazón de la provincia, atravesaba todo el Valleverde del centro y, tras bañar el lado oeste de San Ramiro, finalmente desembocaba hacia el levante en el Mar Oscuro. Es que el invierno parecía haber

adelantado su llegada y ello provocaba un marcado descenso de la temperatura, por lo que los pejerreyes se iban en busca de corrientes frescas, no tan frías. Este pez, la presa más preciada por Lauro y la mayoría de los aficionados a la pesca, tanto los locales como los que visitaban los fines de semana el Miti-Miti desde ciudades distantes, abundaba de marzo a septiembre, excepto por los días de julio más hostiles.

Pero más allá de las condiciones climáticas, Lauro sentía que no tenía deseos ni fuerzas de ir a buscar su bote, el “Margarita”, que se hallaba cómoda y prolijamente guardado en el galpón de su casa. Además, pescar se había tornado últimamente en una experiencia extremadamente peligrosa para él, quien, justamente, no se caracterizaba por asumir riesgos.

“¿Por qué?”, se preguntó Lauro mirando horizonte, donde las nubes parecían flotar sobre el río turbio. Tras unos instantes en esa posición, giró hacia el oeste y posó sus ojos cansados en el puente de la Ruta Uno que cruzaba el Miti-Miti y que no traía un tránsito importante, lo que sí ocurría los viernes por la tarde, cuando se hacía notar la proximidad del pueblo con Roca Negra Capital. Luego miró la hora de su reloj pulsera y advirtió que iba a ser mejor regresar a su casa y prepararse para la entrevista con el hijo de su buen amigo Cacho Fuentes, dueño del más conocido local náutico del pueblo y a quien siempre le compraba la carnada. Aquel joven le había propuesto encontrarse al atardecer, pero él prefirió hacerlo al mediodía, cuando todavía conservaba suficientes energías y se tomaba una pausa en sus quehaceres diarios.

Lauro caminó de regreso acompañado por una abrumadora angustia que inundaba su pecho mientras en su cabeza abundaban los “por qué”. ¿Por qué estaban ocurriendo estos hechos tan dolorosos? ¿Por qué se sucedían en su querido y apacible pueblo? ¿Por qué lo involucraban a él? Y las preguntas continuaban hasta conformar un

párrafo sin punto y aparte en la mente del pescador. No era justo, fue la única respuesta a la que pudo llegar. No era justo para nadie, concluyó.

Cabizbajo y meditabundo llegó a su casa, donde se encontraba su esposa Margarita Suales, con quien había compartido toda su vida adulta pero ningún hijo, poco usual para personas de su generación, distinta a la actual. Es que después de un par de embarazos perdidos por problemas de salud de la mujer en los primeros años de matrimonio, la pareja sencillamente dejó de intentarlo. A pesar de ello, Lauro y su esposa habían logrado tener una vida satisfactoria, no de plena felicidad –si es que ésta realmente existe-, pero lo suficiente para no cargar sobre sus hombros con arrepentimientos y cuentas pendientes. Lo único que los molestaba, principalmente a ella, fue que los tratamientos médicos para tratar los problemas de útero se habían vuelto más efectivos y accesibles que los que se existían cuando eran jóvenes y aspiraban a ser padres. Pero en esos momentos de zozobra, la pareja se consolaba pensando que a pesar del desarrollo de mejores curas, los científicos descubrían cada día nuevas enfermedades graves e irreversibles, en su mayoría genéticas, de esas que son difíciles de detectar durante la gestación y que ocurren una vez en miles o hasta millones.

Ante la ausencia de hijos, el matrimonio se dedicaba a malcriar a sus perros, con los que vivía en la vieja casona de los padres de la mujer –ya fallecidos-, la que habían convertido en la posada “Nalón”, donde se hospedaban los turistas que iban a pescar al Miti-Miti y se servía una exquisita *fabada*, reconocida en todo el pueblo y también sus alrededores.

La casona era una construcción que se asemejaba a una iglesia barroca, con una amplia entrada con arco de medio punto y altos muros de ladrillos con sillares en las

esquinas. En el interior, los techos estaban terminados en forma de bóveda de cañón y reforzado con arco fajón.

Durante la semana, cuando no había huéspedes, la posada era únicamente ocupada por Lauro y su esposa, y esporádicamente por una empleada doméstica que ayudaba a Margarita en la limpieza, la cocina y a preparar las habitaciones. Mientras que él se dedicaba al mantenimiento de las instalaciones eléctricas, plomería, jardinería, pintura y albañilería.

Por las noches, cuando Lauro se quedaba a solas con su mujer, sobraba el espacio y, sobre todo, el silencio, lo que el matrimonio disfrutaba, agradecido, por la paz y tranquilidad que le otorgaba a su estilo de vida, aunque también lo hacían por mera costumbre.

El hombre era hijo único, al igual que su difunto padre que había enviudado cuando él era pequeño, por lo que Lauro pasó gran parte de su crianza con el vecino matrimonio Suares, los padres de su actual mujer, que habían llegado a ser la familia más rica del pueblo gracias a los réditos de la actividad ganadera, luego abandonada.

En tanto, los Montero siempre vivieron con los recursos justos, ni más ni menos. Habían ocupado una humilde casa con techo de chapa ubicada detrás de la casona de los Suares, para quiénes el padre de Lauro había trabajado en las tareas de mantenimiento, y que después se convirtió en el galpón de la posada.

Margarita, por su parte, tenía dos hermanas mayores y muchos sobrinos, pero todos ellos habían regresado hacía más de diez años al lejano pueblo natal de la familia, en el Viejo Continente, en busca de un mejor pasar económico. En un principio lo lograron pero luego la situación allí fue decayendo hasta ser peor que la de San Ramiro pero para entonces ya no tuvieron forma de regresar. Fue demasiado tarde para una segunda oportunidad.

El hecho de que Lauro y su esposa estuviesen los dos solos no era un obstáculo para ellos. Nunca lo había sido. Por el contrario, con el paso de los años, esa circunstancia los había acercado cada vez más y así el compañerismo, la unión y el apoyo mutuo en la pareja resultaron ser determinantes para afrontar los duros golpes de la vida.

Al regresar de su paseo por el río, Lauro ingresó a la posada y para su sorpresa, Margarita no se encontraba en la cocina ni en el dormitorio matrimonial. Tampoco estaba limpiando alguno de los otros ambientes de la vivienda, como el living comedor al que la mujer le dedicaba la mayor atención ya que era la carta de presentación del inmueble, el que sostenía la imagen ante las visitas y las atraía.

El hombre salió al jardín donde se levantaba un viejo robledal y vio a su mujer apoyada contra un tronco caído que hacía las veces de banco. Debajo de su saco de lana, un vestido color crudo con bordes dorados acariciaba el pasto cortado al ras. En sus manos llevaba el rosario que su madre le había regalado cuando era pequeña. Tenía la mirada al frente pero desenfocada. Parecía dispersa.

-Te pareces a Nuestra Señora del Carbayo –bromeó Lauro acercándose a ella, quien le devolvió una sonrisa.

-Me falta la corona y el escapulario, ¿no?

-Y los ángeles a tus pies.

-Cierto. Igualmente, creo que todavía tengo uno dando vueltas por ahí.

Lauro largó una carcajada y abrazó a su esposa. Luego la besó en la frente.

-¿Y los chicos? No los veo –preguntó él mirando a su alrededor.

-Están atados en el fondo.

-¿Por qué?

-Porque vinieron del mercado a traerme el pedido y se pusieron molestos con el muchacho nuevo que hace los repartos. ¿Viste como son cuando no reconocen una cara?

-Sí, sí –asintió Lauro bajando la cabeza-. Bueno, los voy a soltar –continuó y luego se dirigió al galpón ubicado detrás de la casa donde Zoé y Astur, dos ovejeros alemanes adultos, estaban echados en el piso, uno al lado del otro. Pero apenas los canes percibieron la llegada de su amo pegaron un salto y comenzaron con la fiesta de bienvenida, como ocurría todos los santos días.

Los rayos del sol caían de manera oblicua sobre el pasto quemado por las recientes heladas. Era la hora de la siesta pero pocos dormían en el pueblo ya que promediaban las vacaciones escolares de invierno y los chicos andaban de aquí para allá. Ellos trepados a los árboles, montados en sus bicicletas y corriendo detrás de una pelota de fútbol. Ellas preferían hacer un picnic o reunirse en la casa de alguna integrante del grupo de amigas a contarse sus secretos. Ella gusta de él, él gusta de aquella otra, pero ésta no quiere tener novia porque su padre dice que es demasiado chica, y otros temas similares abundaban en esas meriendas. Allí, todos se conocían, los adultos y los más jóvenes, por lo que nadie podía ocultar lo que hacía fuera de su propia casa.

“Pueblo chico, infierno grande”, acostumbraban a repetir los mayores. Pero Nicolás Fuentes no se detenía a pensar en ese refrán ya que sus deseos apuntaban a ganar el partido entre los alumnos del séptimo grado del turno mañana y los del turno tarde de la Escuela Normal 1 de San Ramiro. Él pertenecía al primero de los equipos porque sus padres lo habían acostumbrado a levantarse temprano y le gustaba jugar de “2” en un conjunto de siete jugadores que se distribuían de la siguiente manera: arquero, tres defensores, de los cuales él era el central; dos en el medio y uno solo adelante. Un



esquema poco arriesgado, se podría decir, teniendo en cuenta que sus rivales jugaban con un 3-1-2. La diferencia entre uno y otro era que los volantes externos del equipo de Nico eran muy ofensivos, por lo que cuando atacaban formaban una línea de tres delanteros. En cambio, los del turno tarde adelantaban a sus defensores laterales para copar el medio con tres jugadores.

En ese marco, los encuentros se tornaban sumamente parejos, como el que esa tarde disputaban en el campo de deportes del colegio ubicado a la vera del río. Como la escuela estaba cerrada por vacaciones, los chicos habían tenido que trepar el alambrado perimetral para poder llevar a cabo una nueva edición del clásico barrial. En cambio, durante la época de clases, los chicos iban a jugar a club, donde tenían que pagar, por lo que ahora aprovechaban que el cuidador del predio educativo estaba gozando de unos días libres al igual que ellos para jugar gratis y por más tiempo.

Las reglas estipulaban que el primer equipo que marcara 12 goles ganaba el partido y cuando uno de los dos conjuntos anotaba seis concluía la etapa inicial y cambiaban de arco. Cada equipo también tenía que llevar su propia pelota para que el partido no se suspendiera en caso de que una se perdiera, por culpa de un zapatazo desubicado, en la corriente del Miti-Miti.

En cada equipo los jugadores rotaban para llevar la pelota, pero cuando alguno de los chicos del turno mañana aducía que la suya se había pinchado o perdido jugando en otro lado, Nico siempre ofrecía la de él, por más que no fuese su turno de hacerlo. De hecho, él tenía una para jugar en su casa, solo en el jardín donde practicaba tiros con su inhábil pierna izquierda, y otra para llevar a los partidos con los amigos. “Pelotas de fútbol y botines son los mejores regalos que uno puede recibir”, repetía.

“Chicos, no se preocupen, yo les cuido las espaldas”, les dijo Nico a sus compañeros durante el entretiempo que los encontró abajo en el marcador. “Vayan para

adelante que con el Gordo nos encargamos de defender”, agregó el “2” señalando a su arquero, quien no paraba de beber agua de la canilla ubicada en un rincón del playón donde colocaban sus rodados en el oxidado biciclero de hierro.

Pero no sólo el arquero estaba cansado –además tenía el orgullo herido porque un par de goles habían sido responsabilidad suya-, los dos volantes también se quejaban de algunos golpes que habían recibido de sus rivales y no estaban en las mejores condiciones físicas. Y arriba, el delantero estaba con la mira descalibrada y enojado porque había desperdiciado varias situaciones claras de gol.

-Gordo, quedate tranquilo, cuando quedés mano a mano, apuralo rápido al delantero mientras yo voy directo a cubrir el arco. Así te la tira por arriba y yo la saco en la línea, ¿entendés? –indicó Nico mientras se ataba los cordones de sus botines que había engrasado con un poco de manteca después de almorzar ya que el cuero se estaba gastando y no quería que se rompiera. “Tengo que cuidarlos porque todavía falta para mi cumpleaños y antes no me van a comprar unos nuevos”, se dijo acariciando su calzado deportivo. Además, el chico sabía que sus padres estaban haciendo un gran esfuerzo económico para pagarle el viaje de egresados.

El arquero ahora estaba sentado sobre el pasto, tipo indio, junto al resto de sus compañeros. “¡Vamos muchachos! Tenemos que darlo vuelta”, exclamó Nico, quien no estaba dispuesto a tolerar las bromas pesadas y recurrentes de los del turno tarde. “¡Arriba el ánimo, che! Que no somos los mejores pero tampoco los peores”, arengó.

En tanto, los rivales estaban reunidos junto a uno de los arcos, riendo y bromeando entre ellos. “¡Che!, ¡más vale que entrenen porque el año que viene los más grandes les van a pintar la cara, eh!”, gritó uno de ellos, a lo que Nico le respondió tomándose los testículos. “Putos”, gruñó por lo bajo, lo que pareció animar a sus

compañeros que seguían recostados sobre las pocas matas que sobrevivían a las bajas temperaturas.

Más allá del resultado final, para aquellos chicos no había en ese momento nada mejor que hacer que alzar sus cabezas para apreciar el cielo celeste, inhalar el inconfundible aroma a tierra mojada y hierba salvaje, y cerrar los ojos esperando que el sol dorase sus párpados. Total, no tenían ninguna tarea pendiente y al día siguiente podían dormir hasta más tarde.

Con las mentes ocupadas en nada, la arenga y el planteo táctico de Nico rebotaron en el vacío y no terminaron dando los resultados que él esperaba. Así, su equipo perdió una vez más ante su clásico rival. Pero lo más doloroso no fue la derrota en sí, sino la forma en la que se dio.

Es que promediando el segundo tiempo, el Gordo se enojó con las críticas recibidas de sus propios compañeros –especialmente los que jugaban del medio para arriba- y abandonó el partido, ante lo cual, Nico se ofreció a reemplazarlo. Con un jugador menos fue imposible dar vuelta el marcador y así los chicos del turno mañana sufrieron una nueva caída, dura y categórica.

-No les des bola, Gordo -Nico abrazaba a su arquero tratando de consolarlo mientras que el resto de los jugadores del equipo se dirigían hacia sus bicicletas-. No es culpa tuya solamente. Todos perdimos.

Pero el arquero estaba desahuciado porque a las habituales bromas que recibía por su sobrepeso, y también porque nunca había besado a una chica ni tenido una novia, ahora tenía que sumarles las que indefectiblemente iban a derivar de sus errores cometidos durante el partido.

Nico advirtió en ese momento que la piel pecosa del rostro redondo de su amigo se tensaba y no precisamente por los efectos del viento proveniente del río y enfriaba el aire tan claro como el cielo de esa tarde invernal.

-¿Vamos a tomar la leche con los chicos, Gordo?

-No sé...-respondió el arquero con la mirada clavada en el suelo-. Prefiero irme a mi casa.

-No seas boludo. Venite a merendar conmigo y jugamos un rato a la compu. Capaz que ahí ganamos...

-¿Pero vos no te vas a juntar con los chicos?

-No te voy a dejar solo. Así que vamos los dos con ellos o nos vamos vos y yo para mi casa. Elegí.

El Gordo dudó unos instantes hasta que él y Nico finalmente partieron rumbo a la vivienda de éste, donde ambos miraron un rato la televisión y tomaron una leche chocolatada caliente con alfajores de dulce de leche. Luego subieron a la habitación y jugaron con la computadora hasta que justo antes de la hora de cenar cuando, irremediablemente, cada uno de los chicos debía ir a sentarse a la mesa con sus respectivas familias. Es que sólo los fines de semana se les permitían quedarse a comer o a dormir en casa ajena.

La entrevista se llevaba a cabo en el living comedor de la posada. Era un ambiente amplio y rectangular, en el que sobresalía una larga mesa y varios frescos colgados de las paredes realzadas por basas decoradas, fustes sogueados y capiteles enriquecidos. Y del cielo raso se descolgaba una araña dorada. Mientras que en la planta alta se distribuían las seis habitaciones para los huéspedes y la matrimonial, todas ellas equipadas con un arcón, un rasgo distintivo del mobiliario de Nalón.

Cada arcón, arca o arcona estaban contruidos en madera maciza de castaño, contaban con una cerradura de hierro forjado al frente y tiradores laterales del mismo material. Dichos artefactos tenían la forma de un paralelepípedo y la mayoría se apoyaban en patas cortas formadas por dos travesaños colocados hacia los extremos.

Pero a diferencia del arcón tipo, los de esta posada presentaban faldones decorados y en su interior presentaban un cajoncillo adosado a uno de los costados con tapa móvil encajada y conocido como *estoyu*.

El arcón ubicado en el living era de un color nogal que transmitía calidez al ambiente. Apenas lo vio al entrar al lugar, Nico se quedó observándolo con detenimiento, atraído por su belleza poco común.

“El arca llegó a ser el mueble más importante del Medioevo. Se dice que evolucionaron a partir de las formas de los sarcófagos griegos y romanos, y en el Renacimiento se volvieron un mueble omnipresente. Recién en el Siglo XVIII, con la incorporación del armario, pasaron a ser más decorativos que útiles”, explicó Lauro al hijo de Cacho Fuentes antes de invitarlo a sentarse a la mesa.

Nico escuchó con atención y se ubicó en una silla enfrente a la ocupaba por Lauro, quien tenía ambas manos apoyadas sobre el roble de la mesa.

-Su padre me contó sobre el trabajo de investigación que está haciendo para la Universidad y debo decir que me llamó la atención –arrancó el anfitrión que golpeaba sutilmente sus dedos en la madera-. ¿Cómo fue que se le ocurrió algo así?

-Podría decir que la idea me daba vueltas en la cabeza desde hacía bastante tiempo, pero recién terminé de aclararla durante un viaje que hice el verano pasado.

-Cierto. Me dijo Cacho que estuvo viajando varios meses.

-Sí, sí.

-Qué interesante.

-Muy. Sobre todo porque por primera vez conocí personas tan distintas a nosotros, de culturas bien diferentes a la nuestra...

-Me imagino.

-Y la inevitable comparación me llevó a preguntarme por qué somos como somos y por qué hacemos lo que hacemos.

-Ajá.

-Y en cuanto a la investigación que me ocupa, me interesa tratar de entender por qué adoptamos, cada vez más seguido, actitudes autodestructivas como, por ejemplo, la de quitarnos la vida.

-Un tema bastante complicado.

-Por eso decidí hacer este trabajo –explicó Nico mientras Lauro lo observaba con atención y cierta desconfianza, a pesar de que esposa le había pedido que hiciese un esfuerzo por confiar en las buenas intenciones del joven. “Es darle una mano al hijo de tu mejor amigo. No podés negarte a un favor de ese tipo”, fue el argumento de Margarita durante el desayuno.

-¿Usted, Don Lauro, cree que la situación actual es peor a épocas anteriores y por eso hay tanta gente desesperada? -preguntó Nico luego de unos instantes de meditación y de empezar grabar la entrevista con su *tablet*.

-Mire, usted es joven y conoce sólo una cara de la moneda porque hace veinte años, ya sea con un gobierno o con otro, le están mostrando lo mismo. Pero yo viví en esas otras épocas y sí, efectivamente, hubo tiempos más difíciles pero también otros muy buenos. Aunque acá, en San Ramiro, siempre vivimos un poco apartados del resto de la provincia. Pero lo único que se me ocurre para responderle es lo siguiente: si la situación actual es tan buena desde lo numérico, económico y material como el Gobierno dice, ¿por qué hay tantas personas que se sienten verdaderamente mal?

-Creo que habría que ver si esa gente son mayoría o no.

-Yo no entiendo mucho de política y no sé si la gente que viene acá a actuar de manera desesperada es parte de la minoría o de la mayoría. Sólo digo que hay que prestarle atención a todos y, principalmente, al lado más humano de la vida cotidiana, a lo que no se puede medir ni comprar.

-Lo mismo digo.

Nico consideraba que él había sido bastante materialista durante mucho tiempo. Recordaba como ante cada crónica policial que veía en los noticieros pensaba que en el país se estaba tornando algo común matar y morir por la plata, pero durante su último viaje había comenzado a dejar lado las preocupaciones habituales por el dinero y los bienes materiales. Ahora procuraba alejarse tanto del consumo como de las grandes ciudades mientras terminaba su tesis para obtener la Licenciatura en Psicología en la Universidad Nacional de Roca Negra (UNRC).

-Don Lauro, ¿por qué piensa que estas personas eligieron San Ramiro? - preguntó Nico, quien intercalaba preguntas informales, fuera del formato y de las estructuras requeridas para su trabajo de investigación.

-¿Y por qué cree?

-En este caso, no creo que mi opinión sea relevante.

-Así que sólo usted puede hacer las preguntas....

-No me refería a eso.

-Entonces, dígame qué piensa. Usted es un ramirenses igual que yo, ¿o no?

-Bueno... pienso que nuestro pueblo tiene una ubicación geográfica estratégica que lo convierte en un paso obligado para todos los que viajan hacia el sur de la provincia o hacia Roca Negra Capital.

-Ajá.

-En segundo lugar, al estar tan cerca del mar, el río es ancho y caudaloso, y por eso se hizo atractivo no sólo para los pescadores que nos visitan los fines de semana. Y creo que estas personas con las que usted se ha encontrado y ayudado aprovecharon que estamos en un sitio poco poblado, cercano a la principal ciudad de la provincia, de fácil acceso y con un río difícil de hallar en otras partes, para hacer lo que hicieron. O al menos intentarlo cuando nadie los puede ver.

-Casi nadie.

-Por ello, en vez de saltar desde el puente de la ruta, lo hacen desde el del camino secundario.

-Yo no lo podría haber explicado mejor –afirmó Lauro sonriendo por primera vez en la entrevista, por lo que Nico tuvo la sensación de que al fin comenzaba a ganarse la confianza del pescador.

Luego, el muchacho tomó su *tablet* y colocó en pantalla una lista de nombres que se la mostró a Lauro.

-Esta es la lista que pude conseguir.

-Veo que su antiguo y gordo compañero de escuela no respeta demasiado el reglamento que implica llevar el uniforme policial.

-Es un buen tipo. Sólo me está dando una mano. Además, sabe que nadie en la comisaría se va a enterar, al menos de mi boca, que él me dio los nombres.

-De acuerdo.

-Los cuatro que están marcados con una cruz son los únicos de la lista que accedieron a hablar conmigo. ¿Los recuerda?

-Claro que sí. Pero yo no voy a hablar de ellos. No me parece correcto que yo de detalles sobre sus casos puntuales. Que ellos mismos te lo cuenten. Yo hablo de mí, sin señalar a nadie en particular.



Lauro calló abruptamente y se pasó la mano por la frente. Segundos después, con un gesto serio se puso de pie, pidió disculpas y prometió regresar enseguida. Por su parte, Margarita aprovechó que Nico se quedó solo y se acercó a dialogar con él.

-Nicolás, ¿cómo están sus padres? Deben sentirse contentos de tenerlo nuevamente en casa, ¿no? –preguntó la ama de casa limpiándose las manos en su delantal floreado que protegía su vestido crudo de las manchas de la salsa de tomate que se cocinaba a fuego lento en la olla que estaba sobre el fuego.

-Sí, se los ve contentos.

-¿Y usted *guaje*? ¿Está contento?

-Creo que sí.

-¿Cómo cree? –Margarita se sentó a la mesa del living comedor en la que hasta hacía unos momentos se desarrollaba la entrevistaba.

-En realidad, sí estoy contento. Pasa que es raro.

-¿Por qué?

-Porque después de haber vivido tanto tiempo solo y en la capital pensé que volviendo a la casa de mis padres, acá en el pueblo, iba a sentirme menos libre. Pero no fue así. Para nada.

-Sucede que a veces, las personas creen que cuando se vuelven adultos obtienen más libertad. Pero, en realidad, el adulto asume más compromisos, ya sean laborales, profesionales, económicos o familiares, que lo terminan condicionando.

-Entiendo. Y coincido plenamente con usted.

-Cuando uno vive con sus padres, aunque yo no haya tenido la oportunidad de hacerlo porque murieron cuando era muy pequeña y me crié con mis hermanas mayores, quienes nos cuidan son los que asumen las mayores responsabilidades.

-Cierto. De hecho, ahora siento como cierta regresión a la adolescencia cuando mi única preocupación era ir a la escuela porque del resto se encargaban mis padres.

-A eso me refería, justamente. Ahí radica su satisfacción y su libertad.

-Puede ser. Creo que también influyó el viaje que hice en el verano. Ahí sí que me sentí verdaderamente libre.

-Y cuando regresó no quiso perder esa sensación.

-Probablemente. Y quizás, sin proponérmelo, de manera casi inconsciente, volví con mis padres, a San Ramiro.

-Opino igual, aunque usted es el especialista en el subconsciente y los enredos de la mente humana.

Nico rió.

-¿Quiere quedarse a almorzar? –retomó la mujer, risueña.

-Le agradezco pero tengo otros planes.

-En otra ocasión, entonces.

-Con todo gusto.

Margarita apoyó ambos brazos sobre la mesa para reincorporarse y justo antes de que se levantara de la silla vio que Lauro regresaba a la mesa con el rostro sudoroso y algo agitado.

-¿Te sentís bien Lauro? –preguntó la mujer, la única persona que actualmente se atrevía a llamar a su marido por su nombre de pila sin anteponerle el “Don”.

-Sí, sí. Estoy un poco cansado. Nada más –respondió el hombre, que se desplazaba lentamente.

Ante esa situación, Margarita, en vez de regresar a la cocina, decidió quedarse sentada junto a su esposo; en tanto Nico, quien ya había advertido el malestar del pescador, permanecía callado.

-Hace un tiempo que comenzó a sufrir ahogos –retomó la mujer mientras su esposo la miraba con reprobación.

-No es nada grave –afirmó él.

-¿Y fue al médico? –inquirió Nico, con cierta naturalidad ingenua.

-Sí. Me hicieron varios estudios y todos dieron bien. Así que me dijeron que no debía ser un problema físico sino producto del estrés.

-Es muy probable dado los últimos acontecimientos por los que tuvo que pasar –acotó el joven entrevistador.

Los denominados “ahogos” de Lauro habían comenzado tras los primeros rescates en el Miti-Miti y los más fuertes atacaban al hombre durante la madrugada, mientras dormía. El pescador se despertaba sobresaltado y faltó de aire. Entonces se quedaba sentado en la cama, agitado, bañado en sudor frío hasta que lograba recobrar el aliento, al tiempo que su esposa iba a buscar un vaso de agua al baño de la habitación. Lo más curioso era que los ataques se producían siempre cuando la aguja corta del reloj marcaba el cuatro y la larga el tres.

-Le recomendaron reposo pero no hace caso –intervino Margarita.

-En mi familia sólo nos quedamos en la cama cuando estamos enfermos y yo no estoy enfermo –indicó un Lauro más enérgico.

Margarita guardó silencio y meneó la cabeza de lado a lado varias veces.

-En este caso debo coincidir con su esposa. Así que podemos seguir con la entrevista en otra ocasión –señaló Nico poniéndose de pie guardó con su *tablet* bajo el brazo.

-Como usted prefiera, joven. A mí no me molesta.

-Lo vuelvo a llamar y combinamos un nuevo encuentro cuando a usted le resulte mejor. Yo no tengo ningún problema.

Seguidamente, el muchacho guardó la *tablet* en su mochila, estrechó la mano de Lauro y saludó de Margarita con un beso en la mejilla. El anfitrión se quedó sentado, solo, en un vacío living comedor mientras que su esposa acompañó a su huésped hasta la puerta donde se disculpó por lo ocurrido y finalmente lo despidió.

## II

Marcelo Bianchi, más conocido en el barrio como “Chelo”, se encontraba en el interior del *Gimnasio IN* en el que trabajaba desde hacía un par de años luego de haberse recibido de profesor de Educación Física. Era jueves y a pesar de que el reloj recién marcaba las 19 ya estaba anocheciendo. Los días se acortaban pero la temperatura seguía siendo relativamente alta, por lo que los clientes más jóvenes se acercaban al local ligeros de ropa. Los hombres, vestidos con musculosas y *shorts*, ocupaban el sector de aparatos donde realizaban sus ejercicios de fuerza buscando volumen muscular. Mientras que las chicas, con remeras ajustadas y calzas tres cuartos llenaban la zona de las bicicletas fijas en las que practicaban *spinning* tratando de quemar la mayor cantidad de grasas que les fuera posible, modelar la figura y tonificar la piel, al ritmo de las canciones de moda que sonaban una y otra vez por las distintas emisoras radiales.

Por su parte, el profe Marcelo mantenía una relación casi de amistad con algunos de los muchachos que entrenaban en el gimnasio con los que también se juntaba a jugar al fútbol cuando salía de trabajar al final del día. Aquellos partidos terminaban cerca de la medianoche y habitualmente eran acompañados por cenas en la parrilla del club donde el grupo degustaba unas carnes rojas asadas, achuras y mucha cerveza. Además, se compartían las infaltables historias de mujeres, en su gran mayoría, compuestas por una sarta de mentiras.

-¿Hay partido hoy? –preguntó Marcelo apoyando sus antebrazos firmes y desnudos sobre el tablero de la cinta sobre la que Lucho entraba en calor antes de empezar a hacer pesas.

-Sí, y después de comer en la parrilla nos vamos de bares con los pibes.

-Yo me prendo sólo para jugar.

-¿Por?

-Por nada.

-Dale, decime. ¿Qué pasó?

-Pasa que le cambié las cuatro llantas al auto y hasta que no cobre voy a estar medio ajustado.

-Te soy sincero, Chelo, no entiendo por qué seguís poniéndole plata a ese auto viejo que tenés. Si la guita no te sobra, ¿por qué no la usas para otra cosa?

-¿Otra cosa? ¿Cómo qué?

-No sé, otra cosa.

-Con lo que gano mucho no puedo hacer. Además, me gusta tener lindo el auto.

-Podrías ahorrar algo de plata también, digo, para más adelante.

-¡Dejate de joder! Para lo único que puedo ahorrar es para irme unos días de vacaciones a la costa.

-Y si tanto te gustan los autos, ¿por qué no te comprás un okm? –insistió Lucho, quien comenzaba a sudar como un cerdo, por lo que Marcelo le acercó una toalla.

-Ni en pedo. Los importados tiene precios inaccesibles y los hechos acá, hoy por hoy, son de mala calidad. Así que prefiero tener uno usado, que sea de confianza.

-Pero vos sabés que un usado es como una alcancía: hay que ponerle plata todos los días. Encima, los repuestos son cada vez más difíciles de conseguir y están carísimos.

-Ahí depende del auto y de uno. Si el coche está en buen estado y los cuidás, no tenés demasiados problemas y, además, contás con la ventaja de que es más barato de mantener en cuanto a seguro y patente que un okm.

-Eso es cierto. Hoy en día mantener un okm es más difícil que comprarlo.

-Tal cual, Lucho. Y no te olvides de algo muy importante: un auto nuevo atrae a los delincuentes.

-Ni me hables de eso, chabón. Cada vez que llego de noche con el auto y lo tengo que entrar a casa es un drama. Un par de cuadras antes, llamo por teléfono a mi hermano para que me abra el portón y así ganar tiempo. Y hasta que no entro y cierro estoy mirando para todos lados como un paranoico.

-Lo sé. A mi me pasa lo mismo. Es una cagada vivir así. Pero yo no me voy a privar de andar en auto por culpa de los chorros. Hay que vivir la vida lo mejor posible y pensar en positivo.

-¡A full! Disfrutemos de las cosas buenas.

-Y sí, otra no queda, porque esas son las que duran poco, las malas siempre están y van a seguir estando.

Lucho y Marcelo, al igual que la mayoría de los otros hombres sub-30 que concurrían al gimnasio, tenían títulos universitarios o estaban a punto de conseguirlos, trabajaban *full time*, conducían sus propios autos, salían los fines de semana a tomar algo o a bailar con sus amigos y/o novias, y vivían con sus padres.

-Chelo, ¿y tu novia no te dice nada cuando ve lo que invertís en el auto? -retomó Lucho, quien ya había dejado de correr y ahora estiraba los músculos de sus piernas junto a la cinta.

-¡¿Y qué me va a decir?! Si la llevo y la traigo a todos lados, y gratis. Si me llega a criticar la tengo que mandar a la mierda.

-Me imagino. Pero te preguntaba porque viste como son las minas. Bah, mi novia siempre está hinchándose los huevos para ahorrar y mudarnos juntos.

-Por suerte, con Claudia estamos re bien. Ella vive con sus viejos, yo con los míos. Sin problemas y sin apuros.

-Vos tenés suerte porque sos hijo único y tus viejos son unos copados. Tenés toda la casa para vos, entonces no sufrís la falta de privacidad como yo, que me estoy gastando una fortuna en telos.

-¡Jajá! Usá el auto, gil.

-Mi novia me mata, boludo. Con las otras minitas sí puedo, pero con ella no. No da.

Los dos jóvenes echaron a reír al tiempo que, de fondo, un *reggaetón* sonaba con fuerza por los parlantes del equipo de audio del gimnasio en el que siempre se escuchaban las canciones más modernas para atraer a la clientela joven que casi siempre mordía el anzuelo.

Por ello, los gimnasios se parecían cada vez más a los boliches, por más que no estuviesen ubicados en una zona céntrica y comercial como en el que trabajaba Marcelo, que funcionaba en una esquina de la principal avenida del distrito rocanegrense Los Indios -en pleno corazón del Sector Metropolitano-, rodeada por casas de familia y que desembocaba en la autopista que llegaba hasta Roca Negra Capital.

El aire cálido que envolvía la mesa anunciaba que faltaban cada vez menos días para la electrizante llegada del verano. La noche clara y el cielo estrellado eran condiciones propicias para ir a cenar afuera. Y la ocasión era aún más especial tratándose de una despedida, no definitiva, pero despedida al fin. Nico había decidido irse de viaje por tiempo indefinido, para lo cual, había renunciado a su anodino puesto de empleado en una playa de estacionamiento situada en el centro de la Capital Provincial y en la que se pasaba de 18 a 24 encerrado en una garita o acomodando autos ajenos. También había cancelado el contrato de alquiler de su mono ambiente ubicado a



pocas cuabras de su lugar de trabajo y de la Facultad donde cursaba por las mañanas las últimas materias de la carrera.

Su amigo Esteban había elegido un restorán que funcionaba en una vieja y amplia casona con un patio al aire libre adornado con diversas plantas y rústicas antigüedades, que eran un resabio de los productos que allí se habían vendido muchos años atrás, cuando el inmueble todavía no era un local gastronómico al que concurría mucha gente joven, sobre todo, estudiantes. Pero como la cursada anual ya había concluido y quedaban pocas fechas para rendir finales, el lugar no estaba repleto como en ocasiones anteriores.

-¿Pudiste llevar todo a lo de tus viejos? -preguntó Esteban mientras observaba detenidamente el menú-. ¡Mierda! ¡Los platos están cada vez más caros! Menos mal que vos ya no comés carne...

Nico sonrió sin levantar la vista de la carta, donde analizaba las variedades de pastas.

-Sí -respondió-, ya llevé todo entre ayer y hoy con la camioneta de mi viejo.

-Bien. Por lo menos te ahorraste el flete.

-Tal cual. Además, mis viejos me dejaron libre casi todo el galpón, así que entró todo en un solo lugar.

-Pero es un lugar cerrado, ¿no?

-Sí, sí. Le decimos galpón pero es como una habitación grande, con puerta, ventanas, piso y techo. No entra ni una gota de agua.

Al cancelar el contrato de alquiler del mono ambiente, Nico tuvo que buscar un lugar donde guardar su *sommier* de dos plazas, la heladera, el microondas, la mesa ratona, el sillón, la biblioteca con libros, cajas con ropa y otros objetos personales mientras realizaba su viaje. Entonces, decidió llevar todo aquello a la casa de sus padres

en San Ramiro, donde él había nacido y vivido hasta los 18 años, cuando se mudó a la Capital Provincial para estudiar en la Universidad.

-Che, ¿y cómo andan por el pueblo?

Esteban ya había dejado el menú apoyado junto a la copa en la que se reflejaba la pequeña llama de la vela colorada, en forma de tubo y perfumada, que alumbraba la mesa.

-Igual que siempre. Allá viven en su propio mundo, sin grandes cambios ni novedades.

-¡Qué embole!

-¿Y por qué te pensás que no voy nunca? Me deprime. Además, todos mis amigos de la infancia también se fueron. O sea que...

-Sólo quedan los mismos viejos de siempre.

-Exacto –asintió Nico entre risas-. ¿Ya elegiste qué vas comer?

-Sí. ¿Vos?

-También. ¿Y el vino?

-El vino elegilo vos, que sos el agasajado.

-¿Ah, sí? Eso quiere decir que vas a invitarme.

-No te hagas el vivo. Vos sabés que quise decir. Igual, después vamos al bar y te invito un trago.

Los dos amigos sonrieron y luego la mesera se acercó a la mesa para tomar la orden. Nico pidió unos sorrentinos de verdura con salsa mediterránea y eligió un malbec *premium* porque se trataba, según él, “de una ocasión especial”, la cual no se sabía cuándo se iba a poder repetir. Por su parte, Esteban ordenó una entraña al disco con salsa portuguesa y papas rústicas, aunque hubiera preferido unos ravioles de salmón rosado o un lomo a la pimienta, pero consideró que los precios de esos dos exquisitos

platos estaban “demasiados inflados” y si bien podía asumir los costos no estaba dispuesto a pagar una suma que le resultaba irrisoria por un simple plato de comida.

Pero Esteban no expresó en voz alta ninguna de sus quejas porque fue él quien justamente había propuesto ir a cenar afuera y ahora no quería opacar el encuentro con su mejor amigo, a quien últimamente veía cada vez menos y no debido a algún problema o diferencia en particular, sino por esas idas y venidas de la vida en general.

-¿Y vos como andás Esti? ¿El laburo? -preguntó Nico justo antes de beber un sorbo de su agua mineral sin gas.

-Yo bien. Tranquilo. Pero no te hagas el boludo y contame del viaje. ¿Ya tenés todo lo que necesitás llevar? ¿El itinerario?

-Ya tengo todo -respondió Nico depositando la copa nuevamente sobre la mesa - : la carpa, la bolsa de dormir, la mochila, las cosas para cocinar. Ah, me compré un colchón inflable, para dormir más cómodo.

-Está perfecto. ¿Y qué más te llevás?

-Lo único que llevo de más es la *notebook* y algunos libros de la Facu para ver si me inspiro y empiezo a escribir de una buena vez la tesis.

-Me parece bien.

-Y... otra no me queda.

-Creo que hay una frase famosa que dice que `la inspiración aparece, pero te tiene que encontrar trabajando`, ¿no?

-Tal cual.

-¿Y ya decidiste qué vas a escribir?

-Tengo un tema dándome vueltas en la cabeza pero todavía no estoy seguro. Veremos qué si en el viaje se me abre la cabeza y logro aclarar algunas ideas.

-Seguro que sí.

-Eso espero. Sino, no me recibo más.

-¿Y cuando salís al final?

-El lunes.

-¿Sacaste pasaje?

-Sí. Pensaba en irme en tren, que es más barato, pero tarda demasiado. Así que me voy en micro.

-¿Quién iba a pensar que te ibas a ir a un viaje así: solo, de mochilero y con destino incierto? ¡Cómo cambiaste, eh!

-Todo cambia, amigo.

-Si vos lo decís.

-Yo sólo no lo digo.

-Bueno, igual no empieces con todo el discurso de moda de que se viene el fin del mundo y esas cosas.

-No seas gil. Vos sabés que no soy de los que creen en cualquier cosa. Además, lo del fin del mundo es mentira. Lo que se viene es el fin de una era, pero comienza otra.

-¿Y por eso el viaje?

-En parte. También me parece una oportunidad única para cambiar, abrir la mente, conocer cosas nuevas y encontrar un camino.

-Pero vas a volver, ¿no?

-Sí, pelotudo.

-Más te vale.

-Quedate tranquilo. Si tengo que volver en marzo para retomar la Facultad.

-Está bien. Sería una boludez que dejes ahora.

-No voy a colgar el estudio. De eso estoy seguro.

-Bueno, ahora contame un poco a dónde pensás ir.

Pero a Nico le interesaban más las razones de su viaje que los destinos que planeaba visitar.

Claudia Romero, la novia de Chelo, vivía cerca del gimnasio donde éste trabajaba, en una zona tranquila, de chalets con amplios jardines y ubicada a la vera de la autopista. Ella era la hija mayor de un matrimonio de comerciantes dueños de la ferretería del barrio, una propiedad que había permanecido en la familia por generaciones, lo que la convertía prácticamente en un monumento histórico. A pocas cuadras de la casa de los Romero, hacia el este, se ubicaba la villa El Motorcito que había crecido en los últimos años debido, especialmente, a la presencia en aumento de autos abandonados, desguazados e incendiados en la vía pública, lo que asustaba a la joven y a sus vecinos.

Pero el problema no eran las personas que habitaban la villa, sino que la infraestructura de la misma –o la falta de ella, mejor dicho- permitía a los no residentes que delinquían ocultarse allí de las autoridades policiales y judiciales, aprovechando las calles angostas y de tierra, las amplias zanjas sin cloacas, la falta de alumbrado público y el poco espacio libre entre una casa y otra; lo que convertía al asentamiento en una especie de laberinto oscuro y sucio del cual era muy difícil entrar y salir, sobre todo, lo segundo.

En esa misma villa, hacía más de diez años, habían detenido a los principales autores del secuestro y asesinato del adolescente Daniel Palma, capturado en el distrito San Antonio, en el sudoeste del Sector Metropolitano, cuando se dirigía al colegio. Por aquel entonces, la mayoría de los miembros de esa banda delictiva no vivía en El Motorcito, sino en El Naranjo, un poco más al sur, donde la víctima había estado

cautiva hasta que los secuestradores lo llevaron hasta un basural a cielo abierto en Los Indios, lindero a la villa, donde lo acuchillaron y colocaron su cuerpo debajo de una inmensa pila de residuos tóxicos.

Ese basural se convirtió luego en un cerro ya que las autoridades municipales taparon los residuos con tierra para evitar que los vecinos siguieran quejándose de los nauseabundos olores que provenían de ese lugar. Y tras la condena a los secuestradores y asesinos de Palma, la familia de la víctima colocó una gran cruz en la cima de ese cerro, en su memoria.

-¿Por dónde andás, amor? –preguntó Claudia apenas Marcelo atendió el llamado a su teléfono celular mientras conducía su reluciente Volkswagen Gol color gris plomo.

-Estoy en el auto, llegando a tu casa -respondió el profesor de Educación Física sin soltar el volante ya que siempre que conducía utilizaba un auricular inalámbrico para poder hablar sin necesidad de acercar el *smartphone* a su oído-. Me demoré porque tuve que ir a buscar el auto casa.

-¿Qué? ¿No fuiste a trabajar en el coche? ¡Qué raro!

-Pasa que a la tarde lo dejé en el lavadero y me lo llevaron a casa porque a la hora que yo salía del gimnasio ya iba a estar cerrado.

-Ah, ok.

-¿Ya está la cena?

-Sí, estamos todos esperándote. Apurate.

-Está bien. Cuando llegó, te toco bocina, así salís a abrirme, ¿sí?

-Dale.

La calle donde se situaba la casa de Claudia estaba repleta de baches y se encontraba en penumbras ya que en ambas veredas había sendas hileras de paraísos de altos troncos de los que se desprendían largas y gruesas ramas que se arqueaban hacia el

asfalto hasta entrelazarse en lo alto con las de enfrente formando un túnel fantasmagórico que neutralizaba el tenue brillo amarillento que emanaba de los postes de alumbrado público afectados por la habitual baja de tensión eléctrica.

Al llegar a la esquina, Marcelo bajó la velocidad, apagó la música que venía sonando en su estéreo y, sin quitar la vista de la calle, se quitó el cinturón de seguridad. Ya estaba por la mitad de cuadra, a unos 20 metros de la casa de su novia, cuando tomó su *smartphone* que había dejado apoyado sobre el asiento del acompañante y quiso guardarlo en el bolsillo de su pantalón, pero el aparato resbaló de su mano derecha y cayó sobre la alfombra plástica, a escasos centímetros de los pedales. Entonces, el joven casi detuvo la marcha del auto y se agachó para recoger el celular y al volver a erguirse para mirar el camino y tocar la bocina que anunciaba su llegada observó que una motocicleta se le cruzaba por delante.

A bordo del rodado iban dos jóvenes que vestían buzos con capucha, por lo que prácticamente no se les veía el rostro. Y al ver que Marcelo no detenía la marcha, uno de ellos descendió bruscamente de la moto, portando un arma de fuego tipo revólver. “¡Pará o te quemo!”, fue lo último que llegó a escuchar el profesor de Educación Física antes de recibir un certero balazo en la cabeza que le provocó la muerte casi en el acto.

Tras el disparo, el tirador y su cómplice huyeron en la misma moto, hacia el este y a contramano por la calle desierta, esquivando los pozos en el hormigón y los abultados parches de brea; mientras que la víctima quedó inconsciente sobre el volante y con su pie derecho sobre el acelerador, por lo que el auto, sin control, siguió su marcha hasta subirse a la vereda y chocar contra un árbol, justo delante de la puerta de ingreso de la casa de Claudia.

Al escuchar la detonación del arma de fuego y el posterior impacto de la chapa contra la madera, la joven salió corriendo de su vivienda junto a sus padres, su hermana

menor y el novio de ésta, y halló el Gol de Marcelo chocado, con la ventanilla del lado del conductor astillada por el traspaso del proyectil y al muchacho con la cabeza ensangrentada y apoyada contra el respaldo del asiento e inclinada hacia la derecha, con los brazos caídos a ambos lados, estirados. “¡Nooooo! ¡Marce! ¡¿Qué te pasó?!”, exclamó Claudia desgarrando su voz, mientras abría la puerta del auto y su novio permanecía inmóvil, tieso. “¡Llamen a una ambulancia!”, indicó a los gritos, al tiempo que las lágrimas comenzaban a dejar surcos en sus mejillas rosadas.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando los médicos arribaron al lugar constataron que Marcelo estaba muerto, en tanto que la negrura de la noche sólo era interrumpida por las intermitentes luces azules de los distintos patrulleros que rodeaban la escena del crimen y entre los cuales se movían inquietos decenas de policías que realizaban las diligencias de rigor para iniciar la investigación.

El itinerario de viaje de Nico consistía en visitar primero la ciudad de *Monteduro*, ubicada en el centro del país, donde el 21 de diciembre miles de personas iban a celebrar el cambio de Era en el mítico cerro *Picacho Blanco*, al que comúnmente llamaban “Picacho”. Esta formación rocosa era una especie de imán energético y espiritual donde confluían en armonía peregrinos de diversas creencias y prácticas, con el máximo de los respetos y sin ninguna imposición. “La idea es poder expresarse libremente”, explicó Nico levantando la copa recién llenada de vino por la mesera para brindar con Esteban, quien lo escuchaba atentamente, con una mezcla de cierta incredulidad y un poco de envidia ya que él nunca hubiese tenido el valor de animarse a realizar un viaje como el que estaba apunto de comenzar su amigo.

En aquel cerro se producían con suma frecuencia extraños fenómenos nocturnos, principalmente en la cima, la cual se constituía íntegramente de cuarzo lechoso, por lo



que desde lejos de veía una cumbre blancuzca sobre un cuerpo verdusco. Y junto a la base se levantaba una ciudad cuya cantidad de habitantes se había triplicado en los últimos años, dado que cada vez más personas se instalaban allí para abrir tiendas naturistas y restaurantes vegetarianos. En los nuevos barrios predominaban las construcciones de adobe y las huertas orgánicas. Y los nuevos vecinos, con el objetivo de disfrutar de la naturaleza al máximo posible, se dedicaban a comercializar los productos cultivados en la tierra.

El siguiente destino de Nico era el norte del país, donde tenía pensado empaparse de la cultura de los pueblos originarios de la frontera, una de las últimas regiones del territorio nacional donde todavía se podían encontrar esas pequeñas comunidades con tradiciones milenarias en riesgo de extinción. Y desde allí, el viajero pensaba cruzar al exterior y dirigirse al lago más alto del mundo que era considerado un “órgano vital” del planeta por los creyentes en el fin de la Era.

-¿Cómo un órgano vital? –dijo Esteban luego de beber un largo sorbo de su vino.

Nico terminó de masticar uno de sus últimos sorrentinos y comenzó a explicarle.

-Se parte de la idea de que el planeta es un ser vivo, como los seres humanos, por ende, tiene distintos órganos que, en el caso de la Tierra, cumplen dos funciones: la de mantener la salud global y la de recibir y transmitir energía.

-¿Y qué tienen de especial?

-Que son como lugares que cuentan con un caudal y tipo de energía que no se encuentra en ningún otro lado, ¿entendés?

Esteban asintió poco convencido y después se metió en su boca otro trozo de su entraña bien cocida y humedecida con la salsa de tomate y el jugo de los ajíes verdes cocinados al disco, mientras su amigo se entusiasmaba con el tema de conversación y continuaba con su exposición.

-Cada uno de estos lugares tiene un centro sagrado que se expande y se contrae de manera circular, pero también tienen profundidad y altura, por lo que llegan hasta lo más hondo de la Tierra. Pero, a su vez, no son subterráneos porque siempre están en contacto con los cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra. Y todos están conectados entre sí, como los sistemas orgánicos de una persona.

-Ajá.

Esteban seguía masticando y escuchaba a su amigo con suma atención, como si estuviera en una clase previa a un examen crucial.

-Además, la Tierra está conectada con el resto del sistema solar, por lo que cada movimiento del Sol, la Luna o de los demás planetas tiene un efecto sobre estos lugares energéticos.

-¿Y cuántos de esos lugares hay en el mundo?

-Siete. Uno, el primero, es un monte que está en la base del sistema energético del planeta y regula toda la vida universal antes de que ésta se divida en formas individuales y especies. Y, además, se conecta con el lago que voy a visitar y que está ubicado en el centro geométrico del segundo.

-Mirá vos.

-Dicen que es el centro mundial de la creación de nuevas especies y avances evolutivos. Si lo comparamos con el cuerpo humano, este lugar sería como el órgano sexual del planeta, por lo que todo lo que nace ahí es nuevo.

-Veo que estás muy metido en el tema.

-Ni en pedo. Son conocimientos muy complejos que requieren mucho tiempo de estudio. Yo sólo indagué en lo mínimo indispensable para saber a dónde estoy yendo. Nada más.

-Me deja intrigado todo esto. Parece que vas a estar bueno tu viaje. Apenas vuelvas, nos juntamos y me contás todos los detalles.

-Trato hecho.

Los dos amigos volvieron a brindar, tras lo cual terminaron de cenar un poco más callados. Quizás, porque sus mentes no habían terminado de procesar toda la información acerca de los que les estaba ocurriendo en ese momento de sus vidas, el que parecía histórico, y también de lo que podía suceder.

El crimen de Marcelo Bianchi ocurrió a última hora del día, por lo que la noticia no se filtró en los medios de prensa hasta la mañana siguiente, cuando los restos del profesor de Educación Física ya eran velados en una funeraria cercana a su domicilio, también en Los Indios. Hasta allí se dirigieron los periodistas de los móviles de las señales de noticias en radio y televisión en busca de testimonios de los familiares y amigos de la víctima. “A mi hijo lo mató la maldita inseguridad. Y que no me vengan a decir que es una sensación”, expresó Blanca López de Bianchi, la madre de Chelo, con la voz entrecortada por el llanto, ante los micrófonos y grabadores de los cronistas que la rodearon cuando salía de la sala velatoria para comenzar el cortejo fúnebre hacia el Cementerio Municipal. Detrás de la mujer, de pelo largo y morocho aunque con algunas canas, caminaba despacio su esposo y padre de Marcelo, Pedro, a quien lo sostenía de las manos uno de sus hermanos porque el hombre apenas podía mantenerse de pie. La fila la completaban los primos de Chelo, su novia, la familia de ésta, los amigos del barrio y los compañeros del gimnasio.

Cerca del mediodía, los portales web de noticias citaban fuentes policiales en *off the record* que ponían en duda la hipótesis del intento de robo como móvil del crimen. De hecho, desechaban la posibilidad de que se hubiera tratado de una típica “entradera”,

-en este caso frustrada-, una modalidad repetida en los últimos meses en los principales distritos del Sector Metropolitano que rodeaba la Capital Nacional, la cual tampoco estaba exenta de estos hechos que consistían en asaltos a mano armada cometidos por delincuentes en moto -por eso los llamaban “motochorros”- que actuaban de noche y elegían como víctimas a personas que se disponían a ingresar a sus casas, especialmente a bordo de sus vehículos. De esta forma, los asaltantes buscaban apoderarse el rodado y/o entrar a la vivienda y robar distintos valores, como dinero en efectivo y artículos electrónicos.

Lamentablemente, ésta se había convertido en una modalidad delictiva que tenía bastante éxito porque los asaltados se hallaban demasiado vulnerables al momento de ingresar a sus domicilios. Y en los casos más violentos, los delincuentes no sólo se apoderaban del vehículo y de los valores que pudieran encontrar en el interior del inmueble, sino que no conformes con ello, obligaban al dueño de casa a abordar su rodado en el que lo llevaban a recorrer cajeros automáticos, mientras otra parte de la banda permanecía en la vivienda, privando de su libertad al resto de la familia de la víctima y evitando así que alertaran a la Policía de lo que estaba ocurriendo.

Si bien su nombre no figuraba en las crónicas periodísticas del día, el encargado de dirigir el discurso de la investigación era el comisario mayor Reinaldo Grosso, quien había sido nombrado recientemente jefe de la policía de Los Indios y de toda la renovada Regional (R) Sur. Grosso se había destacado anteriormente en su carrera dentro de la fuerza cuando estuvo a cargo de la R-Norte y dirigió la pesquisa en la que se detuvieron a los culpables del secuestro y asesinato del adolescente Matías Belloso, cometido ocho años después del caso Palma, en el distrito Las Púas, en momentos en que se creía que las bandas dedicada a ese tipo de hechos ya estaban todas en prisión y con condenas firmes.

En el caso de Chelo, este jefe policial consideraba que no se había tratado de un robo porque los delincuentes, habiendo tenido la oportunidad de hacerlo tras disparar contra la víctima indefensa, no se llevaron el auto del joven y a éste tampoco le faltaba ningún otro elemento de valor, como su billetera con dinero y su celular. Además, descartaba la “entradera” porque el muchacho no estaba ingresando a la casa de su novia cuando le dispararon sino que se encontraba a unos metros de la misma. Más allá de que todo ese argumento sonaba a excusa, las declaraciones de Grosso resultaban contradictorias ya que él mismo concluía en sus diálogos con los distintos periodistas especializados en casos policiales que por el momento no se podía descartar ninguna hipótesis.

Si no había sido un intento de robo, ¿qué fue? ¿Una venganza por motivos sentimentales o económicos? ¿Un ajuste de cuentas? Nada de esto era convincente, en especial para la familia Bianchi que luego de la inhumación anunció a la prensa que al día siguiente iba a encabezar una multitudinaria marcha en reclamo de Justicia frente al gimnasio en el que trabajaba la víctima.

### III

Nico llegó a Monteduro poco después del mediodía luego de viajar unas diez horas en micro y la primera impresión que tuvo fue que se asemejaba más a su San Ramiro natal que a una ciudad, aunque rápidamente entendió que el Interior del país no se parecía demasiado a la provincia de Roca Negra ni tampoco tenía nada que envidiarle a ésta. La terminal de ómnibus tenía un aspecto modesto y a simple vista resultaba más pequeña de lo que realmente era debido a la gran cantidad de pasajeros que iban y venían, presurosos y cargando su equipaje, de una plataforma a la otra. Este intenso movimiento de personas era lo que el joven esperaba, por ello, había reservado, vía Internet, hospedaje en un camping cercano. Si bien le habían prestado unos mapas, tomó unos folletos con planos de la ciudad y sus alrededores de un *stand* turístico y descubrió que el camping no estaba demasiado lejos, por lo que decidió ir caminando, a pesar de que su mochila le resultaba bastante pesada. “Debe ser la falta de costumbre”, se dijo el muchacho agachando su lomo ya cubierto de sudor.

En el trayecto, durante el cuál no estuvo completamente solo porque otros mochileros se dirigían al mismo camping, Nico fue leyendo el folleto que contenía información variada y bastante completa sobre las principales características de Monteduro: un clima cálido y húmedo, y el sol brillaba con fuerza en el 80 por ciento de los días del año, aunque los promotores turísticos advertían a los visitantes no descuidarse porque por las noches la temperatura descendía de manera abrupta.

Bajo el subtítulo “flora”, el folleto indicaba que la ciudad estaba rodeada por un típico bosque serrano, abierto, en el que predominaban las especies autóctonas como el quebracho, el coco, el molle de beber, y el manzano de campo; junto a las provenientes de otros ambientes como algarrobos, chañares, piquillines, talas y espinillos. De todos

modos, esta información significaba una mera anécdota para Nico, quien era incapaz de distinguir una especie de otra.

Al levantar la mirada por encima de las copa de los árboles, el visitante tenía ante sus ojos una hermosa vista de las laderas del Picacho, secundado por otros cerros más bajos en los que la vegetación dejaba su forma boscosa y adoptaba la de un matorral. De acuerdo a la guía, este matorral, que no era muy vistoso, cumplía una importante función protectora del terreno al evitar que éste fuera “lavado” por las lluvias que se producían con mayor frecuencia e intensidad a medida que aumentaba la altura sobre el nivel del mar y, por ende, descendían las temperaturas.

En cuanto a la “fauna” se destacaba que el puma podía ser encontrado tanto en las zonas altas de pastizales como en las bajas del bosque serrano y se aconsejaba tener mucho cuidado con las víboras como las yarará y cascabel. También había lagartos y zorros, loros y lechuzas.

A Nico nunca le había gustado pescar, a pesar de que había nacido y vivido hasta su adolescencia en un pueblo que sobrevivía gracias a las bondades del río Miti-Miti y también acompañando a su padre Cacho en el local náutico donde un pescador podía conseguir lo que quisiese, por ejemplo, hasta botes con motor fuera de borda. De todos modos, al joven le resultó interesante que en Monteduro también se podían hallar pejerreyes -como en San Ramiro-, carpas y truchas, aunque en este lugar eran especies sembradas.

Los ríos y arroyos serranos permanecían mansos la mayor parte del año pero en épocas de lluvia, como en la que se encontraba nuestro viajero, podían presentar fuertes corrientes, por lo que en la guía también pedían ser precavidos a la hora de darse un chapuzón.

Nico terminó de repasar el folleto justo cuando llegó al camping donde tuvo su primer inconveniente cuando el personal de la administración que le informó que no estaba registrada su reserva. Tras una breve discusión con el encargado, quien reconoció no estar acostumbrado a tan fuerte demanda, el joven finalmente obtuvo su lugar pero en un alejado rincón del amplio predio, el cual estaba copado por visitantes, en su mayoría jóvenes a pie y en carpa, como él, aunque también había muchos adultos que viajaban con sus familias en distintos vehículos, incluso, algunos *motorhome*.

El camping estaba provisto de un sector de mesas y parrillas; otro donde funcionaban los vestuarios en la que nunca faltaba el agua caliente; y de un refugio para casos de tormentas severas. A unos 600 metros de la entrada se podía recorrer una serie de cascadas y ollas naturales en las aguas del río que atravesaba la ciudad de un extremo al otro. También había un paseo a pie por un sendero ascendente de 200 metros hasta el mirador, desde donde se obtenía una vista panorámica del centro urbano rodeado por las sierras chicas, un dique y el mítico cerro de 1.900 metros sobre el nivel del mar.

Luego de instalar su carpa, Nico se dirigió a la proveeduría para comprar algunos víveres y allí pudo ver un cartel colgado en la puerta que anunciaba que la Municipalidad había dispuesto el cierre del acceso al cerro por “cuestiones de seguridad”. Según le dijo el encargado, ante la llegada de miles de visitantes que pretendían pasar el último día de la vieja Era en la cima del Picacho y asustado por las versiones infundadas que circulaban por las redes sociales y que anunciaban “un suicidio espiritual en masa”, el intendente había decidido, sin consultar al Concejo Deliberante, vedar el ingreso al mencionado cerro.

-Sigo sin entender por qué lo hizo –preguntó Nico molesto.

-Simplemente por las dudas –respondió el encargado encogiéndose de hombros.



“Está claro que el intendente no entiende nada de nada”, dijo un Nico resignado, por lo bajo, sin animarse de compartir su opinión con el encargado para evitar una nueva discusión ya que hablar sobre decisiones políticas se había convertido en el último tiempo en un motivo de disputa. Sin embargo, la conclusión a la que había llegado nuestro viajero era exactamente igual a la del resto de los visitantes que, ante la imposibilidad de acceder al cerro, se fueron organizando en grupos para decidir qué hacer porque no quedaba demasiado tiempo. Finalmente, la mayoría acordó dirigirse después del mediodía hasta la base del cerro y reunirse frente al acceso para realizar las distintas actividades que cada uno había previsto llevar a cabo desde su arribo y que constituían uno de los principales motivos del viaje.

El recorrido desde el camping hasta la entrada al Picacho se pareció a una procesión religiosa. Fueron miles de personas provenientes del centro de la ciudad o de otros complejos de hospedajes de los alrededores los que caminaron a través del bosque y cruzaron el puente colgante sobre el río en fila, con tranquilidad y en perfecto orden, por lo que la presencia de policías a los costados del camino encargándose de la seguridad fue absolutamente innecesaria.

Nico se unió a un grupo de jóvenes estudiantes universitarios de Antropología y Sociología oriundos del interior de la provincia de Roca Negra y que estaban sumamente interesados en conocer el denominado “Cuarto de sudar” que, según la cultura local, era un conjunto de casas subterráneas ubicadas junto a unos manantiales y grutas donde antiguamente se tomaban baños de vapor para purificar el alma.

Pero en la entrada del cerro había otros grupos que realizaban diversas prácticas: danzas, rezos, cantos, meditación, etc. Con sus acompañantes, nuestro viajero se acopló a una charla debate y de reflexión sobre el cambio de Era y el futuro de la Humanidad. Enseguida advirtió que los demás presentes tenían un conocimiento mucho más

profundo sobre dicha cuestión que él, así que decidió abandonar la charla y se arrimó a una clase abierta de yoga. Ya había tomado varias clases en los últimos meses junto a un instructor que resultó ser el responsable de que comenzara a interesarse en esos saberes. Pero antes de empezar a aprender de qué se trataba todo aquello, Nico había tenido muchos prejuicios al respecto, los cuáles les costó dejar de lado, quizás por haber sido criado por una familia que permanentemente inculcaba la práctica del catolicismo.

Tras la sesión de yoga, Nico entabló una charla con una joven más o menos de su edad y oriunda de Monteduro que desde hacía varios años se dedicaba a vender en la ciudad y sus alrededores las artesanías que ella misma elaboraba. Él le contó que estaba desencantado por no poder acceder al cerro y ella le dijo que había subido tantas veces que se sabía de memoria el recorrido. Y en momentos en que ambos se sentaron a la sombra de un viejo algarrobo a compartir unos mates, la joven lo convenció fácilmente de contarle todos los detalles que ella conocía del ascenso al Picacho, como si fuese una guía turística, aunque no utilizaría el tono monocorde y aburrido de ese tipo de relatos.

-En la base del cerro está la oficina de administración donde se abona el derecho de ingreso, se registran los datos personales de los expedicionarios y te brindan información sobre el ascenso. Te aconsejan realizar el paseo acompañado por un guía de la Subsecretaría de Turismo y Deporte municipal, llevar zapatillas de suela gruesa, abrigo, un palo de *trekking*, agua y comida liviana.

-¿Y en total, cuánta extensión tiene el recorrido? –preguntó Nico, recostado sobre el tronco, mientras su interlocutora permanecía sentada sobre el pasto, con las piernas cruzadas, la espalda erguida, la cabeza en alto y los ojos cerrados para que sus finos párpados se bañasen con los rayos solares que ya caían en forma oblicua sobre la tierra.

-Son seis kilómetros hasta la cima y a un paso normal se completa en tres o cuatro horas.

-Ok.

-¿Sigo?

-Por favor –Nico extendió su mano con la palma hacia arriba en dirección a ella, como si fuese una reverencia, la cual acompañó con una sonrisa. Al pedo me hago el simpático, si ni me mira, pensó y retrajo la mano inmediatamente.

-El tramo inicial presenta una pendiente pronunciada por el medio del bosque. Apenas comenzado el recorrido, a la izquierda se pueden divisar entre la vegetación la ciudad y el dique. A los quince minutos de iniciada la excursión se alcanza a ver el peñón del cerro. Y si te acompaña un guía, te va a relatar alguna historia relacionada con los antiguos aborígenes locales que utilizaron el cerro para realizar sus ceremonias.

-Pero no tengo guía. Te tengo a vos –bromeó nuestro viajero.

-Cierto. Y yo prefiero no contarte esas historias en este momento –asintió la joven, jocosa, moviendo suavemente la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

-Entonces continuemos.

-Luego de transitar la primera hora de caminata se llega a una vertiente donde uno se puede detener a descansar y recargar las caramañolas. Después se sigue por el sendero y a mitad del recorrido se encuentra una casa de piedra y adobe en una llanura que también sirve para acampar.

-Ajá –Nico le pasó el mate su acompañante, quien al fin abrió los ojos e hizo una breve pausa para dar una larga chupada de la bombilla.

-Una de las teorías sobre este cerro –retomó ella tras regresar el mate al cebador y volviéndose hacia él- es que existe una ciudad subterránea cuya entrada no puede ser

cruzada por cualquier mortal, y que esta ciudad se comunica con otra dimensión y otros puntos del planeta a través de interminables pasadizos.

-Sí, he leído bastante sobre esa teoría.

-Ok. Mejor no la profundicemos ese tema y sigamos con el recorrido.

-Dale.

-En la segunda mitad del trayecto se comienza a faldear al cerro por su parte posterior y a medida que se asciende es recomendable ir parando para inhalar y exhalar profundamente el oxígeno y levantar los brazos y palmas de las manos para nivelar la presión cardíaca en nuestro cuerpo. En los últimos tramos hay senderos opcionales para llegar a la cima del cerro pero se aconseja seguir siempre por el camino señalado con pintura blanca ya que es el que presenta el menor nivel de dificultad.

-Entiendo.

-Finalmente, se llega a la cima de cuarzo lechoso donde se puede admirar la cruz que levantaron los feligreses de la Iglesia local y obtener una vista panorámica de la ciudad, el dique y, si está despejado, la ruta que lleva al resto de la provincia.

-¿Eso es todo? –Nico sonó algo desilusionado.

-Sí –respondió la joven mirando a nuestro viajero con el entrecejo levantado.

-Ok -Nico bajó la vista en silencio, separó su espalda del tronco del algarrobo y siguió cebando mate.

La marcha en reclamo de Justicia para el profe asesinado comenzó alrededor de las 20, cuando comenzaban a transmitir en vivo los principales noticieros de los canales de televisión con alcance nacional. Los manifestantes, más de cien, portaban pancartas con la leyenda “Justicia para Chelo” y acompañadas de una imagen del rostro de la víctima, banderas que rezaban “¡Basta de inseguridad!” y velas encendidas. La

movilización ocupó toda la esquina, por lo que se cortó el tránsito en la avenida, una de las principales arterias de Los Indios.

Unos nubarrones oscuros aportaban al duelo que rondaba en el ambiente unas pequeñas gotas celestiales que no alcanzaban a calmar los ánimos ni a dispersar a las acaloradas personas que exigían hablar cara a cara con las autoridades policiales y municipales. Sin embargo, sólo los periodistas se acercaron a dialogar al lugar.

“Queremos que se haga Justicia y que dejen de intentar que este caso se vea como una venganza o un ajuste de cuentas porque nadie va a poder demostrarlo. La Policía habla de esas versiones para no tener que admitir que fue un intento de robo, un hecho de inseguridad más, como tantos otros que ocurren en esta zona”, señaló Claudia, tomada del brazo de su hermana menor, a uno de los cronistas de televisión.

Al escuchar estas palabras, los amigos más cercanos de Marcelo comenzaron a gritar contra la Policía. “¿Cómo va a ser una venganza si Chelo no tenía enemigos, no le debía plata a nadie, no le había quitado la mina a ningún tipo, eh? ¿Y cómo va a ser un ajuste de cuentas si no tenía antecedentes penales? Nunca se robó ni un caramelo, no se peleó con nadie. Era un pibe sano, no se drogaba ni fumaba, un gran deportista, laborador, estudioso...”, indicó Julián, compinche del profe asesinado desde la época en que ambos asistían al mismo colegio primario.

A los gritos de “¡Justicia!” y “¡Seguridad!” se le sumaron aplausos sostenidos hasta que Blanca se puso al frente de la marcha y pidió silencio para poder hablar con la prensa. “El único pecado que cometió mi hijo fue cuidar de su auto, porque a mi nadie me va a sacar de la cabeza que lo mataron porque intentaron robarle el coche que él tanto quería y se lo había comprado gracias a muchos años de trabajo y esfuerzo. Lo único que pido es que la Policía y la Justicia hagan su trabajo como corresponde y atrapen a los culpables. Y que los asesinos de mi hijo se pudran en la cárcel, donde

deben estar. No pido pena de muerte ni Justicia por mano propia. Sólo que se cumplan las leyes. Nada más”, dijo la mujer apretando en su puño una cadenita plateada con una medalla en la que estaba grabada una imagen de Jesucristo y que ella misma se la había regalado a su hijo cuando éste se compró el auto. “Para que estés protegido cuando manejes”, le había dicho Blanca a Marcelo cuando le entregó el regalo a sabiendas de que el joven no era una persona de fe. Y a pesar de ello, el muchacho siempre la llevó colgada del espejo retrovisor del parabrisas.

La madre del profe asesinado no paraba de llorar sobre el hombro de uno de sus sobrinos mientras su esposo permanecía en su casa ya que no había podido concurrir a la marcha a raíz de una descompensación. Es que Pedro sufría problemas cardíacos, los que unos meses antes lo habían obligado a pedir el retiro voluntario de su trabajo. Junto a él se había quedado su hermano que ni siquiera le había permitido ver la movilización en los noticieros para que no siguiera angustiándose.

En tanto, los manifestantes, al ver que ninguna autoridad policial, municipal ni judicial se acercaba al lugar de la marcha, decidieron movilizarse desde la esquina del gimnasio hasta la casa del intendente de Los Indios, Rodolfo González, ubicada a unas pocas cuadras. Sin embargo, cuando llegaron hasta la vivienda, allí les dijeron que el jefe comunal no se encontraba allí y que no sabían a que hora iba a regresar. El rumor que comenzó a circular entre los vecinos era que, en realidad, González se había ido de vacaciones a una playa en el exterior del país, lo que irritó aún más a los manifestantes. Ante esa situación, la mayoría de los amigos de Chelo permanecieron en una especie de vigilia frente al domicilio del intendente hasta que pudieron confirmar a través de la prensa que el funcionario no estaba de vacaciones sino en un viaje de negocios con la comitiva presidencial.

“¿Qué carajo tiene que hacer un intendente en una gira de la Presidenta?! ¡Qué deje de robar y se ponga a laburar de una buena vez, ese hijo de puta!”, exclamó Julián al conocer el verdadero paradero de González. El joven, exaltado, tomó una piedra de la calle y amagó con arrojarla contra uno de los ventanales enrejados del frente del chalet del intendente pero sus amigos lo disuadieron para que no lo hiciera y se retirara sin causar problemas, tal como lo hicieron todos los manifestantes al finalizar la marcha.

Nico permaneció en el camping casi una semana para esperar a que reabrieran el acceso al cerro y pasó la mayor parte de esos días junto a quienes había compartido aquella clase grupal de yoga que luego se convirtió en una actividad cotidiana, al igual que las de meditación guiada. Entre esas personas conoció a una morocha que se hacía llamar “Melipal” y decía ser una fotógrafa *free lance* que había viajado por todo el país y se había instalado hacía un par de meses en Monteduro tras abandonar a su novio, su trabajo, sus estudios universitarios y un hogar de clase alta situado en la Capital Nacional y en el que el dinero nunca había sido un problema.

Esta joven llevó a Nico a recorrer todos los barrios periféricos de la ciudad para mostrarle las huertas orgánicas y casas de adobe que él tanto buscaba ya que desde su arribo se había formado una idea bastante detallada de cómo creía que se vivía en ese lugar. Y si bien la realidad no fue tan perfecta como las aldeas y comunidades que había imaginado, gracias a ella, nuestro viajero pudo entrevistarse con gente generosa que le enseñó los conocimientos básicos de cómo labrar la tierra y vivir sanamente de los alimentos que esta proveía, y también como construir edificaciones enteras con barro y paja.

También compartió con Melipal la Nochebuena, cuando ella preparó para todo el grupo unas berenjenas rellenas con queso a la parrilla. Los comensales brindaron con

sidra casera y se acostaron tarde, y en la tarde de Navidad, apenas se despertó, Nico encendió su *smartphone* por primera vez desde iniciado su viaje y llamó a sus padres para desearles unas felices fiestas y decirles que se encontraba bien. Fue una comunicación breve, tras la cual, el joven estuvo a punto de llamar a Valeria, su ex novia, pero se contuvo justo a tiempo y así evitó una nueva situación dolorosa ya que ella no quería hablar con él, probablemente nunca más.

Cuando finalmente reabrieron el acceso al cerro, Melipal le dijo a Nico que ella no iba a poder acompañarlo en el ascenso porque tenía que regresar a la Capital para tratar de vender unas fotografías y así reunir el dinero que le faltaba para comprar una parcela de tierra fértil en un pueblo ubicado al oeste de Monteduro, en medio de las sierras. “Me encanta este lugar, la paz y la tranquilidad que transmite, el trato ameno con la gente. Por eso me quiero instalar definitivamente acá”, le explicó la fotógrafa cuando él redobló la puesta y la invitó a que viajara con él hacia el norte. “No es el momento”, respondió ella y argumentó que ya estaba cansada de viajar de un lugar a otro y que había tomado la determinación de asentarse en un sitio en el que pudiera dejar de lado la cámara y vivir de la tierra.

Nico esperó en soledad a que la mayoría de los campistas partiera para ser el último en realizar el ascenso de la mítica roca. Y el recorrido fue tal cual se lo había explicado la artesana el primer día del arribo.

Inmediatamente después, el joven rocanegrense decidió continuar con su itinerario pero en vez de hacerlo en micro, para ahorrar dinero decidió hacerlo a dedo, tal como se lo había sugerido Melipal. Ella le había contado que en las afueras de Monteduro había un cruce de rutas por donde pasaban todos los camiones que transportaban mercadería hacia el norte del país. Entonces, Nico se tomó un colectivo



interurbano hasta dicho cruce de caminos donde comenzó a buscar algún camionero solitario y generoso que accediera a llevarlo.

En la intersección de rutas no había más nada que una estación de servicio donde los camiones cargaban *gas oil* y algunos choferes descansaban en sus cabinas antes de continuar con su recorrido. Nico llegó a este parador cuando anochecía y el lugar estaba desierto, excepto por el playero y un empleado que atendía el *minishop*, donde se podía comer y beber algo. Entró al mercado, compró un agua mineral sin gas y un sándwich de queso y tomate, y se sentó a esperar el arribo del primer camionero.

Al caer la noche sólo habían pasado por la estación un par de choferes que se dirigían al oeste, por lo que no podían acercarlo a ningún lado. El empleado del *minishop* advirtió el desconcierto de Nico y le recomendó que buscara algún hospedaje porque por la madrugada ningún camionero, por cuestiones de seguridad, se iba a animar a llevar a un joven que anduviese solo. “Distinto sería si estuvieras acompañado de alguna mujer. Ahí no desconfiarían tanto”, le dijo y luego le insistió en que siguiera su consejo ya que se trataba del último fin de semana del año y no se esperaba mucho tránsito debido a las fiestas.

El empleado tenía que cerrar y le ofreció llevarlo en su auto de regreso al camping pero Nico no quería volver sobre sus pasos y se arriesgó a quedarse esperando en la estación. Y antes de que el encargado del *minishop* apagara las luces y se fuera, le pidió permiso para acampar en un terreno ubicado detrás del parador y en el que lo resguardaba un pequeño bosque bien iluminado gracias a la luces del playón. “Por mí, quedate. Pero avisale al playero”, le dijo el empleado al partir.

Y así lo hizo, tras lo cual, Nico montó la carpa entre unos arbustos ubicado cerca de donde comenzaba el terreno y se levantaba un poste de alumbrado que le permitía tener una visión aceptable del movimiento del playón de la estación de servicio.

Pasaron las horas y sólo se detuvo a cargar combustible un camionero que también se dirigía hacia el oeste. Ante esa situación cada vez más angustiante, Nico comenzó a cuestionar no sólo su decisión de no haber vuelto al camping sino todo el plan de viaje. Evaluó si debía adaptarse a las circunstancias, dejar de pensar en el norte y cambiar el itinerario pero como no tenía ningún apuro ni nadie que lo esperase al llegar a su destino, concluyó en que no había motivos suficientes para modificar su recorrido a pesar de que las señales e indicios que se repetían le sugerían todo lo contrario. Y de tanto esperar y pensar cayó en un profundo sueño antes de tomar una decisión definitiva al respecto.

No había advertido los primeros rayos del sol hasta que escuchó una voz grave, seria, que lo llamaba “señor, señor” desde afuera de la carpa. Cuando se asomó al exterior, con los ojos achinados y completamente despeinado, se sobresaltó al ver a un policía uniformado de pie y mirándolo fijamente. “Señor, no puede acampar aquí. Esto es una propiedad privada y está prohibido”, indicó el agente y luego le pidió a Nico que se identificara.

El policía y su compañero, que inicialmente había permanecido a bordo del patrullero, le realizaron una serie de preguntas de rutina para saber quién era, a qué se dedicaba, cuál era el motivo de su estadía en aquel lugar, etc. Las respuestas de Nico fueron breves pero concisas y parecieron satisfacer rápidamente a los efectivos, a los que también les explicó que había pedido permiso a los encargados de la estación de servicio para acampar allí por una sola noche ya que se trataba de una emergencia. Sin embargo, la orden que recibió en ese momento fue la de levantar la carpa de inmediato y abandonar el lugar.

Nico cargó su mochila y se dirigió al baño del parador donde se lavó la cara y los dientes. Luego desayunó un alfajor y un café con leche en el interior del *minishop*

bajo la atenta mirada de los policías que siguieron todos sus movimientos desde el patrullero donde ellos comieron unas facturas y tomaron mates, invitados por el empleado del comercio que actuó como si nunca hubiese visto a nuestro viajero. Recién cuando los efectivos abandonaron la estación de servicio, el joven se colgó la mochila al hombro y como un soldado montó guardia en el playón, a la espera del siguiente camionero.

Era una mañana clara y agradable, y el tránsito circulaba con fluidez, lo que aumentó sus expectativas de no tener que aguardar demasiado y poder seguir con su recorrido. A estas alturas, ya no tenía caso cambiar de dirección porque sino le iba a resultar imposible pasar Fin de Año en la frontera donde, según le habían contado otros viajeros que estuvieron allí, las fiestas contaban con un colorido distintivo gracias al aporte cultural de los pueblos originarios. Mientras aguardaba impaciente, Nico ya se imaginaba disfraces, danzas y cánticos nunca antes vistos, con paisajes únicos como escenarios, y ello aumentaba su ansiedad por llegar.

Menos de 24 horas habían pasado desde que se había realizado la masiva marcha de Justicia por Chelo cuando las principales redacciones periodísticas recibieron un correo electrónico no oficial de parte del Ministerio de Seguridad de Roca Negra (MSRN). En la cartera se utilizaba el remitente “Casos Policiales” para difundir información en *off the record*. Dado el origen dudoso de esos datos, en la mayoría de los casos eran noticias viejas pero con fecha del día y sólo contaban la versión policial, los periodistas debían considerar ese *e-mail* sólo como una guía pero no todos lo hacían, sobre todo, si se trataba de un hecho importante y de actualidad, lo que, según ellos, era razón suficiente publicar una noticia cuanto antes y así conseguir la primicia, aunque ésta careciese de rigor informativo.

En esta ocasión, la información indicaba que dos jóvenes menores de edad habían sido detenidos en la villa El Motorcito de Los Indios por su participación en el homicidio del profesor de Educación Física. Y que a estos sospechosos se les había secuestrado una motocicleta de similares características a la utilizada por los asesinos.

Tras recibir esta novedad, Felicitas Echeverría, periodista del canal de noticias *Primera Hora*, se comunicó de inmediato con Blanca para confirmar la detención de los dos sospechosos. Pero la madre de Marcelo no sabía nada al respecto, lo que no impidió que la propia producción de la emisora decidiese difundir, de todos modos, la noticia lo más rápido posible y citando a “fuentes de la investigación”.

Después del breve diálogo con la periodista, Blanca permanecía sentada junto a la mesa de la cocina de su casa, mientras su esposo descansaba en la habitación matrimonial, cuando sonó nuevamente su teléfono celular. Esta vez era Julián.

-¿Es cierto lo de los dos detenidos? –preguntó el joven exaltado.

-No sé nada –respondió la madre de Marcelo con una voz apenas audible.

-Pero lo están diciendo en la televisión, una y otra vez, en los noticieros de todos los canales...

-Ya sé Juli querido, ya me llamó una periodista para preguntarme qué sabía yo al respecto pero a mí nadie me avisó nada. Ni la Policía ni de la Fiscalía.

-¡Qué raro! ¿Será cierto?

-La verdad, ya no sé qué pensar. Voy a llamar a la Fiscalía para ver que me dicen porque a la Policía no lo creo nada.

-Está bien. Cualquier cosa que necesite, Blanca, llámeme, ¿sí?

-Quedate tranquilo Juli, si sé de algo te aviso –respondió la mujer y cortó la comunicación. Luego, Blanca guardó silencio unos momentos, con los brazos cruzados sobre la mesa de pino. Se puso de pie con esfuerzo, caminó hasta donde estaba el

televisor en cuya pantalla se veía el noticiero del mediodía de Primera Hora y tomó su celular en el que había agendado los números de teléfono de las oficinas de la Fiscalía, se colocó los anteojos para leer de cerca y llamó.

Pero la comunicación no sirvió de mucho ya que el secretario que la atendió le dijo que él no estaba autorizado a brindar información alguna y que el fiscal estaba en una audiencia, por lo que no la podía atender en ese momento. “Discúlpeme señora, pero no hay nada que yo pueda hacer ahora. Si quiere llame en un rato o venga directamente a la oficina”, se excusó el empleado judicial, lo que provocó que Blanca cortara sin despedirse.

Por su parte, Felicitas, que si bien ahora se dedicaba más a presentar noticias había hecho su carrera como cronista de casos policiales, lo que le había permitido obtener con los años una amplia agenda de fuentes confiables, llamó al comisario Grosso para consultarle sobre la detención de los dos sospechosos.

-¿Qué pasó Reinaldo? Porque la madre de la víctima dice que no sabe nada al respecto...

-Feli, linda, vos sabés como es esto: yo no te puedo decir mucho porque después me cortan la cabeza –respondió el jefe policial en voz baja, ya que, según él, estaba en una reunión con la plana mayor de la fuerza en la sede del Ministerio, en la Capital Provincial.

-Pero es muy sencillo, ¿están detenidos o no?

-Están detenidos... pero no por el crimen.

-¿Y por qué, entonces?

-La cosa es así: anoche se hicieron una serie de allanamientos en la villa por orden de la Justicia, pero no de Los Indios sino de Roca Negra Capital, en el marco de una causa por desarmaderos, asociación ilícita e encubrimiento, ¿me seguís?

-Sí.

-Bueno, en los procedimientos se incautaron miles de autopartes, varios vehículos robados y, además, había dos pibes que estaban en una moto con pedido de secuestro y de características similares a la utilizada en el homicidio de Bianchi.

-Entiendo, ¿y esto quiere decir que aún no se sabe si son los mismos delincuentes que mataron al joven?

-Para nosotros son los mismos, pasa que todavía no tenemos las pruebas suficientes para demostrárselo al fiscal.

-Entonces, lo que se podría decir es que hay dos detenidos por andar en una moto robada y que se investiga si están relacionados con el crimen del profesor de Educación Física, ¿no?

-Tal cual. Bueno, ya sabés como viene la mano, así que te dejo porque tengo que volver a la reunión. Eso sí, acordate linda que conmigo no hablaste, ¿eh?

-Si Reinaldo, quedate tranquilo ¿Alguna vez te quemé?

-No, pero siempre hay una primera vez para todo -respondió Grosso con una risa socarrona.

Durante esa jornada, los dos detenidos en El Motorcito fueron imputados formalmente del delito de “encubrimiento simple” y al tener 17 años quedaron a disposición de la Justicia de Menores que decidió excarcelarlos al día siguiente, por lo que la causa por el crimen de Marcelo siguió sin acusados. De todos modos, la falsa noticia difundida por el Ministerio sirvió para que la Fiscalía de Los Indios pusiera bajo su lupa a esos dos muchachos, no como los supuestos autores del homicidio de Chelo, sino como miembros de una banda de chicos reclutados por delincuentes mayores y avezados para robar vehículos y luego desarmarlos y vender sus partes en el mercado ilegal.

## IV

El camionero que finalmente accedió a llevar a Nico dejó a éste en la frontera tras casi medio día de viaje, durante el que le contó una infinidad de anécdotas ocurridas en sus largas jornadas de trabajo que le habían permitido conocer todo el país, según él, “de punta a punta”. Más precisamente, el chofer acercó al joven hasta la entrada a *Los Cerros*, un pueblo ubicado a unos 2.500 metros sobre el nivel del mar y a unas dos horas del cruce fronterizo. “Te va a encantar este lugar”, le dijo al despedirse.

El camping en el que se alojó nuestro viajero estaba ubicado frente a la terminal de micros del pueblo, a media cuadra de la plaza principal donde los fines de semana funcionaba una feria de artesanías. Los encargados del predio también manejaban el *hostel* lindero, con el que se compartía un amplio patio en el que se distribuían mesas, sillas y bancos destinados a un área común de esparcimiento.

Nico estuvo tan ocupado en montar su carpa que se olvidó de comprar los víveres para preparar la cena de Fin de Año, así que cuando llegó la hora de comer se le acercó otro campista para ofrecerle a unirse a la mesa de su grupo que había cocinado unas lonjas de carne disecada -había de vaca, cordero y oveja- sazonadas con pimentón y especias, y acompañadas con ensaladas de papas y chauchas.

Jamás hubiera imaginado que iba a pasar las fiestas con gente tan diversa, lo que encajaba perfectamente con las intenciones de su viaje. Durante la cena y el posterior brindis, Nico se sentó junto a dos bellas *étudiant* que venían “subiendo” desde el Interior del país y un par de jóvenes *tourist* que hacía un año que estaban dando vueltas por todo el mundo. Martín, el joven connacional que lo había invitado a unirse al grupo era un artista plástico que se dedicaba a viajar y se encontraba en su tercera estadía en el

pueblo, por lo que le recomendó una serie de lugares para visitar sin gastar demasiado dinero ni perder tiempo.

Nuestro viajero comenzó el primer día del nuevo año cerca del mediodía porque durante la madrugada habían permanecido junto a un fogón organizado por Martín y en el que se cantó al compás de una guitarra criolla que fue pasando de mano en mano hasta que, lamentablemente, se topó con las de él, un torpe para los instrumentos musicales. Pero Nico se defendió bastante bien con su voz, ayudado por varias copas de vino tinto.

Algunos de los miembros del grupo de la cena aún dormían, otros se habían ido de paseo, por lo que la recorrida del centro del pueblo la hizo solo, aunque no del todo ya que lo acompañó un fuerte dolor de cabeza y un pesado sueño, que se sumaban a los días previos de mal dormir. A pesar de ello, se sentía descansado, lo que le resultaba ciertamente contradictorio. Pero resultaba evidente que la clave radicaba en estar relajado y restarle importancia a cualquier dolencia física y mental.

Primero dio una vuelta por el mercado artesanal de la plaza principal donde ofrecían una gran variedad de productos como dulces, ponchos, vasijas, instrumentos musicales, adornos, ropas, postales y pinturas realizadas por artistas regionales. También se podían comprar *suvenires* de otros lugares del mundo.

Transitar por las calles de aquella población antigua, según los lugareños databa de unos 1.500 años, era como atravesar los pasillos de un verdadero museo arqueológico a cielo abierto. Martín le había contado que había excavaciones y hallazgos de piezas históricas por todo el pueblo, cuyo territorio abarcaba unas 18 hectáreas en las que vivían de manera permanente unos diez mil habitantes, rodeados por dos ríos, uno que bajaba de norte a sur y el otro que recorría el irregular terreno de este a oeste. Ambos cursos permanecían secos hasta diciembre, cuando llegaba la tan



esperada lluvia y así, la corriente de agua traía consigo las piedras con las que se construían gran parte de las viviendas.

Al cruzar por el puente sobre uno de los ríos, Nico se encontró con unos pobladores que le ofrecían hojas de coca y cigarrillos al agua, como si se tratara de un invitado especial recién llegado a su hogar, pero al aire libre y en público. “Son regalos que le hacemos por haberse despertado”, le explicó uno de los lugareños, un hombre mayor, de baja estatura, tez morena y arrugada por el sol, y una cabeza redondeada cubierta por una tupida cabellera morocha y lacia.

El paisaje que se apreciaba a lo lejos era bien montañoso, con una flora poco exuberante pero bastante variada. Había distintas plantas que servían de alimento para las ovejas y cabras, y también se alcanzaban a ver unos sauces llorones, álamos plateados y acacias.

En el casco urbano de calles arboladas se levantaban, una al lado de la otra, las construcciones de estilo colonial y las casas modernas, lo que nuestro viajero interpretó como una señal de que la comunidad estaba creciendo, fundamentalmente, gracias al turismo. Y tanto en unas como en otras, lo que no faltaba era una quinta frutal propia.

Resultaba pintoresco el caminar por el pueblo y toparse con una plaza cada cuatro o cinco cuadras y frente a la principal se situaba la Iglesia, como un prisma recostado y con la imagen de la Virgen en su puerta delantera. A su lado se levantaba el edificio de la Universidad, por lo que se unían pasado, presente y futuro en una misma cuadra. Además, Los Cerros era la cabeza del distrito, por lo que había una marcada presencia de los habitantes de las poblaciones aledañas menos desarrolladas que se acercaban a trabajar o estudiar.

Nico aun tenía el estómago revuelto, por lo que decidió saltarse el almuerzo, a pesar de que había un amplio abanico de locales gastronómicos abiertos y sólo ingirió

unas galletitas de agua que llevaba en la mochila para que no le bajara la presión arterial y bebió bastante agua, como se recomendaba para enfrentar los efectos de la altura.

El joven decidió entrar al Museo de Arte donde se podían apreciar cuadros y esculturas de distintos artistas plásticos no sólo regionales, sino también nacionales y extranjeros. Y atrajeron su atención unas obras confeccionadas con pétalos de flores y semillas de frutos que se utilizaban para distintas escenas del tipo religioso.

Era cerca de las tres de la tarde cuando comenzó a soplar un viento fresco, por lo que Nico regresó al camping para dormir una siesta más abrigado y dedicarse a la lectura.

Por la noche, junto a Martín y sus amigos pasearon por el centro del pueblo donde disfrutaron de festivales musicales callejeros, pero esta vez no se desveló para poder levantarse temprano la mañana siguiente y recorrer los alrededores de Los Cerros, así que se apartó del grupo cuando la mayoría decidió ir a bailar al club del pueblo, ubicado en la misma cuadra que el camping y la terminal.

A pesar de haberse acostado temprano, al día siguiente Nico se levantó a media mañana, por lo que desistió de ir a conocer el asentamiento fortificado ubicado en la cima de un cerro bajo, unos ocho kilómetros al sur del pueblo. Martín le había recomendado que hiciera ese paseo en bicicleta, aprovechando que en el camping alquilaban ese tipo de rodados. “Es una especie de ciudadela, con callecitas que parecen un laberinto. Tiene murallas altísimas, casas de piedra, corrales, una necrópolis y hasta un jardín botánico. Y al estar más al norte, es más alto y proporciona una vista de Los Cerros espectacular para sacar fotos”, le había dicho su nuevo amigo respecto del viejo fuerte en el que, hacía cientos de años, los pueblos originarios entregaron sus vidas para defender su tierra de los conquistadores del viejo mundo.

Pero Nico no sentía demasiadas fuerzas para pedalear 16 kilómetros, la mitad en subida, por lo que tomó un colectivo hasta un poblado situado a una media hora y donde se levantaba el increíble cerro Arco Iris, con su gama de siete colores producto de una compleja composición geológica de sedimentos marinos, lacustres y fluviales elevados por los movimientos tectónicos de la historia. Junto a esta imponente roca se podía visitar también en un breve tramo de unos cuatro kilómetros una formación más baja y angosta, el cerro Púrpura. Y una vez allí, nuestro viajero se acopló a unos turistas extranjeros que querían ir hasta las salinas y todos juntos se dirigieron en un remís por un camino de montaña de unos 40 kilómetros que se abría paso entre las nubes hasta llegar a un claro en el terreno llano y blanco en el que reverberaba la luz proveniente de un sol que se convertía en la única mancha de un cielo diáfano.

Durante el recorrido se cruzaron con algunas vicuñas y guanacos, y sobre sus cabezas sobrevolaron los imponentes cóndores y águilas. Una vez en la cima, Nico creyó que había llegado a las puertas del paraíso sin haber muerto. Eran casi 3.800 metros sobre el nivel de mar, por lo que los cerros de los alrededores parecían simples lomos de burro al alcance de las manos.

El paseo incluyó la visita al restorán de sal y un recorrido por los piletones de los que se extraía dicho mineral -proveniente de una antiquísima actividad volcánica- para luego industrializarlo y comercializarlo. Pero la claridad era tan intensa que los visitantes no podían permanecer demasiado tiempo en esos lugares sin sentir cierto ardor en los ojos, a pesar de que los llevaban protegidos por lentes para el sol.

Nico regresó al camping exhausto y casi de noche ya que había realizado una excursión de día completo en sólo la mitad de tiempo. Sin embargo, había visto paisajes tan increíbles que sus ojos cansados estaban tan felices como su corazón. “Cuando estaba en la cima del cerro se me caían las lágrimas. Me emocioné”, le confesó luego a

Martín mientras este preparaba la cena en una olla en la que hervía unas papas que iba a cortar en medias rodajas y acompañarlas de tomates, cebollas, huevos duros, queso de cabra y ajíes verdes. A todo aquello se lo condimentaba con sal, aceite y vinagre, se lo dejaba reposar y finalmente se lo servía frío. Hasta seis personas podían comer de ese plato hasta quedar absolutamente satisfechos.

Después de la falsa detención de los dos jóvenes por el crimen de Marcelo, los medios, principalmente los gráficos, terminaron publicando que “se investigaba la supuesta relación de los dos sospechosos con el homicidio” del profesor de Educación Física pero nada más. Ni siquiera se preocuparon por seguir la noticia y difundir que ambos detenidos fueron excarcelados a las 48 horas. Sólo la familia se enteró de lo ocurrido y no por canales oficiales, sino por los comentarios de un vecino que conocía de vista a un allegado a un policía de la comisaría de la zona. “Esto no puede quedar así, tenemos que seguir marchando”, le dijo Blanca a Julián apenas se enteró de la liberación de los sospechosos. Entonces, los familiares y amigos decidieron realizar manifestaciones todas las semanas en la esquina del gimnasio para evitar que la causa quedase en el olvido.

Cada jueves, los manifestantes, portando velas encendidas y pancartas, empezaron a cortar el tránsito en la avenida durante un par de horas para seguir reclamando Justicia. Si bien la difusión de estas marchas fue cada vez menor, la concurrencia a las mismas creció de manera exponencial ya que se sumaron otras víctimas de hechos de inseguridad, en su gran mayoría, asaltos cometidos por delincuentes armados en moto contra vecinos en momentos en que éstos ingresaban con sus vehículos a sus casas, especialmente, a la noche. De esta manera, “entradera” y “motochorros” se convirtieron en términos repetidos, no sólo en los medios, sino

también entre los ciudadanos comunes que poco entendían de casos policiales y debían aprender prácticamente a la fuerza.

Cansados y frustrados, los vecinos de los principales barrios de Los Indios organizaron luego el denominado “Autazo”, una marcha en auto que partió desde el centro comercial de ese distrito y se dirigió hasta la sede del Ministerio de Seguridad Provincial, en Roca Negra Capital.

La movilización se difundió por las distintas redes sociales y también con afiches callejeros que durante semanas adornaron la vía pública de Los Indios. Los postes de alumbrado y los paredones quedaron empapeladas mientras que en las vidrieras de los comercios del distrito se pudieron observar los carteles de la marcha junto a los que pegaban los familiares de Chelo con la imagen del joven asesinado para pedir que los testigos no tuvieran miedo y se acercaran a declarar ante la Justicia para aportar cualquier dato que tuviesen, ya que hasta la más mínima información, por más trivial que pareciera, era por entonces de potencial interés para la causa.

El Autazo se concretó un sábado a la mañana para no alterar el tránsito en la autopista a Roca Negra Capital un día laboral pero, en contrapartida, esto implicó que tuviese poca repercusión mediática. Además, la mayoría de los periodistas se habían desentendido del caso de Chelo debido al férreo cerco informativo levantado y apuntalado por las diferentes fuentes oficiales, policiales y judiciales.

La marcha la encabezaron los padres de la víctima y fueron decenas de autos los que formaron una larga fila en la autopista que corría de forma paralela al Mar Oscuro y hacia el sur. Los vehículos con familias enteras y grupos de amigos dentro avanzaron a paso lento, como si se tratara de un cortejo fúnebre, hasta llegar a la puerta del Ministerio, ubicado en una de las avenidas principales de la ciudad que quedó intransitable en uno de sus carriles.

Blanca ayudó a Pedro a descender del auto y luego ambos fueron abrazados por un fuerte viento oriental que cargaba una pesada humedad, aunque no parecía que fuese a llover. La madre de Marcelo llevaba una carpeta de cartón marrón con elásticos negros con la que caminó bajo el brazo por las escalinatas del Ministerio, secundada por sus parientes y los amigos más cercanos de Chelo, mientras que el grueso de los manifestantes permaneció de pie y en silencio junto a sus vehículos.

Al llegar a la puerta, la mujer se encontró con dos policías uniformados que custodiaban la entrada en la que había una especie de molinete electrónico detrás de un blindex transparente que se atravesaba por una pequeña puerta, la cual en ese momento estaba cerrada.

-Quiero entregarle una carta al ministro Romeo Cazorla –indicó Blanca soltando la mano de su esposo y tomando un sobre blanco que guardaba en la carpeta.

-Disculpe, señora, pero el señor ministro no se encuentra –respondió, amablemente, uno de los efectivos.

-Si él no está, quiero dejarla en manos de algún otro funcionario o una secretaria, alguien de confianza del ministro.

-No hay nadie, señora. Si quiere, venga el lunes.

-No voy a venir de nuevo hasta acá ¿Sabe dónde vivo yo?

-Sí.

-¿Entonces?

-Si no puede venir otro día, deje la carta en mesa de entradas, pero la misma recién será entregada a su destinatario el lunes.

-Entiendo. Evidentemente, los sábados no trabaja absolutamente nadie en este Ministerio, ni siquiera media jornada. Y bueno, así tenemos la inseguridad que tenemos –señaló Blanca, quien luego entregó la carta en sobre cerrado, en Mesa de Entradas,

donde le devolvieron una especie de recibo con el sello ministerial y en el que constaba la fecha y la hora en las que se había formalizado la entrega del documento.

La carta al ministro Cazorla era, esencialmente, un pedido de audiencia para que la familia Bianchi pudiera hablar cara a cara con el funcionario sobre el crimen de Chelo y también sobre la seguidilla de asaltos a mano armada cometidos en el último tiempo en el mismo barrio y sus alrededores.

Tras abandonar la recepción del Ministerio, Blanca observó que los manifestantes, distribuidos en la escalinata, la vereda y la calle, la aguardaban expectantes. A estos se les sumaba un móvil del grupo de noticias 24H, propiedad de un empresario de Los Indios y conformado por un diario y una radio que cubrían noticias de ese distrito. De todos modos, el equipo periodístico sólo constó de un chofer y un fotógrafo ya que el multimedio buscaba difundir la marcha sin tantos bombos ni platillos ya que a pesar de que era de interés para su público no quería afectar con mala prensa sus relaciones económicas con la Gobernación que llenaba de publicidad oficial sus espacios publicitarios sobre su gestión.

“Como era se esperar, hoy no hay nadie que nos pueda recibir”, arrancó la mujer su improvisado discurso, el primero de su vida, íntegramente dedicada al cuidado diario y concienzudo de su familia y su casa.

La gente comenzó a silbar y abuchear en repudio a la ausencia de las autoridades, pero la oradora pidió silencio. “De todos modos, entregué la carta en Mesa de Entradas y esperemos que nos responda lo antes posible”, continuó la mujer, ahora acompañada de aplausos.

“Quiero agradecerles a todos, en nombre de mi familia, el haber estado con nosotros acá. Sin el apoyo de ustedes sería imposible seguir adelante. Así que les pido un favor más: desconcentremos tranquilamente y regresemos a nuestros hogares. Pero

antes, dejémosle bien en claro al señor ministro que mientras el Ruso Pavlosvky esté libre, en Los Indios y en todo el sur del Sector Metropolitano van a seguir matando a gente inocente para robarles el auto”, concluyó Blanca a los gritos y con lágrimas en sus ojos enrojecidos.

Nico cruzó la frontera y llegó a *La Comarca*, la primera ciudad en territorio extranjero. Era un pueblo un poco más grandes que Los Cerros aunque mucho menos pintoresco a pesar de que también estaba emplazado en medio de las montañas. Pero al encontrarse a mayor altura, la vegetación escaseaba y la temperatura era bastante más baja, en promedio diario. Casi nunca llovía, por lo que todo ello hacía que el lugar estuviera cubierto completamente de un polvo terroso, lo que le daba un aspecto de ciudad sucia a pesar de que, en realidad, no lo era.

La Comarca se ubicaba a la vera del río del mismo nombre que representaba física y geográficamente el límite fronterizo. Allí, a unos 3.500 metros sobre el nivel del mar residían unas 30 mil personas. Su epicentro era la terminal ferroviaria que conducía a casi todo el resto del país, lo que la convertía en la puerta de entrada por excelencia a una nación cuya población se constituía mayormente de descendientes directos de pueblos originarios. “No es como en nuestro país, donde los aborígenes están casi desaparecidos y los pocos que sobrevivieron están amontonados en un rincón olvidado junto a la frontera”, se dijo Nico al ver por doquier a innumerables personas que compartían casi idénticos rasgos fisonómicos.

En La Comarca el movimiento comercial era muy intenso, sobre todo, por el contrabando proveniente de la frontera, por donde se movían toneladas de mercancías cargadas en las espaldas de millares de vendedores que, a diario, cruzaban el río de manera ilegal en botes con alimentos y productos electrónicos, principalmente, que no



pagaban impuestos. A esto lo llamaban “comercio hormiga” porque algunos hasta cruzaban a nado.

El paso fronterizo oficial estaba abierto las 24 horas pero la atención al público para los trámites de migración, presentación de documentos o sellado de pasaporte, se realizaba sólo desde las 7 hasta medianoche.

Otro punto estratégico de La Comarca era la terminal de ómnibus, adonde se dirigió Nico después de largas horas en el área de “Migraciones”. Martín le había advertido que siempre averiguara precios en más de una empresa de micros y que también chequeara las combis que salían casi al mismo ritmo que los primeros y que tardaban menos ya que transitaban a una mayor velocidad. De todos modos, el viaje hasta el *Distrito Capital (DC)* del país vecino duraba entre 22 y 24 horas en casi todos los casos, aunque podía haber variaciones dependiendo de las condiciones climáticas, el estado de las rutas y los desperfectos mecánicos de los vehículos ya que éstos eran modelos añejos.

Nuestro viajero llegó a la terminal de micros a media tarde cuando había un enjambre de pasajeros apurados. Comenzó a averiguar precios y horarios pero ninguno lo convencía. Luego recorrió los puestos de comidas y de artesanías de los alrededores y allí se cruzó con una pareja proveniente también de Los Cerros que le recomendó que no perdiera demasiado tiempo y saliera de la ciudad ese mismo día porque por la noche, la misma quedaba desierta y podía ser insegura, más bien peligrosa. De hecho, en la vía pública no había señales de tránsito sino carteles que pedían a los turistas que cuidasen de sus pertenencias cuando iban por la calle y también en los hoteles y estaciones.

La combi en la que la pareja iba a partir en breve estaba completamente ocupada, por lo que Nico finalmente decidió salir en el primer micro disponible.

Lamentablemente para él, se trató de un servicio común, con muchas paradas intermedias y, para colmo de males, sin baño.

Luego de hacerse de dinero local en una casa de cambio, en la que le dieron un puñado de billetes a tasa devaluada, Nico abordó el colectivo y abandonó La Comarca intacto y aliviado.

El ministro Cazorla, al igual que todos los ministros de Seguridad de Roca Negra de las últimas dos décadas, sabían muy bien la historia del Ruso Pavlovsky, a quien los policías provinciales habían bautizado “El Zar de los desarmadores”. Por entonces, este notorio delincuente se paseaba tranquilamente por las calles del Sector Metropolitano, gozando de una excarcelación judicial, a pesar de unos meses antes haber sido condenado a siete años y medio de prisión por liderar una banda dedicada al desguace de vehículos robados.

Si bien era una pena de cumplimiento efectivo en prisión, la Justicia de Los Indios lo había excarcelado hasta que la sentencia fuese confirmada por la Corte Provincial, para lo cual, no había plazos perentorios.

Además de la condena por el delito de “asociación ilícita” y “encubrimiento agravado” en calidad de “líder” y “autor”, respectivamente; Pavlovsky recibió una multa de 50 mil pesos y una inhabilitación por diez años para comercializar autopartes.

El Ruso había llegado al juicio en libertad luego de haber pasado seis años con arresto domiciliario, monitoreado con una tobillera electrónica, por lo que ese tiempo iba a ser tenido en cuenta a la hora de computar cuánto iba a permanecer en la cárcel, en caso de que la condena quedase firme.

El juicio a Pavlovsky ventiló las conexiones entre éste y funcionarios públicos, como el caso de un ex secretario de compras de la Fiscalía de Estado que recibió una pena de tres años por haber legitimado las autopartes robadas.

Pero El Zar no estaba solo, sino que hacía trabajar a toda su familia, a raíz de lo cual, su esposa, su madre y su padrastro también fueron condenados a tres años y medio de prisión pero como “partícipes secundarios”, es decir, con un grado de responsabilidad menor dentro de la asociación ilícita.

El fiscal del juicio había pedido penas más elevadas y agravadas porque, según él, Pavlovsky reclutaba adolescentes en situaciones de vulnerabilidad para salir a robar autos a mano armada a cambio de unos pocos pesos y drogas para consumo personal. La mayoría de estos chicos reclutados en las villas del sur del Sector Metropolitano eran menores de 16 años, por ende, inimputables, por lo que si caían los arrestaba la Policía entraban por una puerta de la comisaría y a las pocas horas salían por el mismo lugar y la causa judicial iba directo al archivo.

Esta impunidad con la que se manejaba El Ruso quedó demostrada en el debate oral cuando declaró una vecina que presenció el procedimiento que un año antes había culminado con la última detención del sindicado delincuente. “¿Saben quien soy? A mí no me toca nadie, nadie”, contó la mujer que dijo Pavlovsky a los policías que lo sorprendieron cuando salía de un galpón de Los Indios a bordo de un camión con acoplado repleto de autopartes ilegales.

El esposo de la testigo también declaró en el juicio y contó que era habitual ver como los autos y motos entraban a ese galpón y no salían más. Y que, en una ocasión, la Policía llegó al lugar a través del rastreo satelital de un vehículo robado y que al ingresar al predio, a poco de haberse consumado la sustracción del mismo, lo encontraron desarmado.

Además, durante el juicio se reprodujeron varias escuchas telefónicas que comprobaron que Pavlovsky conseguía cuentas bancarias para lavar el dinero proveniente de la comercialización ilegal de las autopartes. De hecho, un empleado del Banco de Roca Negra fue juzgado en el mismo proceso que El Zar, acusado de haber facilitado una de esas cuentas pero resultó absuelto.

A pesar de todos estos elementos de prueba e indicios, tras la última detención del Ruso, que derivó en una veintena de allanamientos en otros galpones de su propiedad y en los que se secuestraron unas 50 mil autopartes ilegales, cientos de vehículos, entre ellos una Ferrari en pleno proceso de desarme, la Corte Provincial anuló la prisión preventiva por considerar que existían irregularidades y vicios procesales que no permitían vincular al acusado, ni siquiera en forma indirecta, con los delitos investigados.

Por su parte, el propio Pavlovsky aseguró en el juicio ser completamente inocente y llevar adelante durante 30 de sus 50 años de vida un negocio absolutamente legal. “Los testigos mienten. Jamás dije que no tardaba más de cuarenta minutos en desarmar un auto. Si ni siquiera sé cambiar una rueda pinchada”, sostuvo en sus “últimas palabras” ante el tribunal.

Pero en todo el Sector Metropolitano era un secreto a voces que El Ruso manejaba el desarmadero más grandes del país, ubicado en Los Indios, y que llegó a tener otros 150 galpones en distintos puntos del territorio nacional y una flota de camiones. Y en el apogeo de este negocio, unas 200 personas llegaron a ser asesinadas cada año en la provincia de Roca Negra por delincuentes armados que les robaban sus vehículos.

Por ello es que el Congreso Nacional debió reglamentar la comercialización de las autopartes con controles más efectivos, al tiempo que el Ministerio de Seguridad Provincial elaboró un plan para combatir los desarmaderos.

No por casualidad las estadísticas de robo automotor y homicidios en ocasión de robo automotor mostraban un marcado descenso en los períodos en los que Pavlovsky permanecía detenido por alguna causa. Y los informes oficiales también se referían a que esos delitos habían tenido un auge por las nuevas medidas de seguridad de los propios autos okm.

Es que con las nuevas tecnologías, los ladrones de vehículos ya no pudieron contar con las herramientas para “levantar” los vehículos de la calle donde los hallaban sin ocupantes, cerrados y estacionados, sino que debieron desarrollar una modalidad más agresiva con asaltos a mano armada al conductor y así apoderarse del vehículo en movimiento, como había ocurrido con el Marcelo.

En ese marco, un auto levantado de la calle, probablemente un modelo viejo, costaba en el mercado negro un tercio de uno robado “de caño”, tal como lo describían los que manejaban los desarmaderos.

Y en ese sentido, los aseguradores calculaban que al momento del homicidio del profesor de Educación Física, nueve de cada diez robos de vehículos cometidos en todo el país eran con la llave del conductor.

El micro en el que viajaba Nico estaba repleto de pasajeros, por lo que en el interior del vehículo la sensación era que éste se achicaba a cada metro que avanzaba por las rutas angostas y empinadas. Una joven a la que le habían asignado el último asiento, ubicado junto al crujiente motor del rodado que sonaba a cafetera descompuesta, prefirió acostarse en el pasillo para estirar las piernas y así alejarse del

grasiento y maloliente calor que despedía dicho corazón mecánico y tratar de dormir, al menos por un rato.

Por su parte, Nico estuvo sentado del lado del pasillo y apenas iniciado el recorrido entabló un diálogo aburrido con un compatriota bastante mayor que él que iba sentado junto a la ventana. Pero su compañero de asiento resultó ser un charlatán únicamente interesado en mantener un monólogo sobre sus viajes de negocios, por lo que llegó un momento en que Nico se quedó callado y encendió la *notebook* que extrajo de su mochila de mano. El hombre captó el mensaje de inmediato y luego permaneció en silencio las siguientes horas admirando el paisaje exterior, en el que se repetían cada vez más las altas y filosas unas rocas irregulares bajo el cálido brillo solar del atardecer que atravesaba las ventanas abiertas y desprovistas de cortinas.

Al caer la noche, Nico finalmente entendió cómo funcionaba el clima de montaña y recordó con ingenuidad las críticas en las que había pensado tras haber visto a la mayoría de los pasajeros locales subirse al micro cargando ponchos y frazadas bajo un sol radiante y caluroso. Ahora él se moría de frío porque estaba en remera y buzo, y había dejado el resto de su abrigo en la mochila grande, guardada en la baulera del colectivo. Nuestro viajero parecía no haber aprendido las lecciones tomadas en Los Cerros, aunque allí los cambios de temperaturas eran menos bruscos.

Sin luz natural, el interior del micro quedó completamente a oscuras excepto por las luces de colores que se alcanzaban a ver encendidas en el tablero de los choferes. Ante tanta exposición sostenida, el resplandor de la pantalla de su computadora comenzó a irritar sus ojos, por lo que Nico apagó el aparato y decidió intentar dormir, aunque sea para descansar la vista. Pero el bamboleo del micro y la piel de gallina tensaban su cuerpo y ahuyentaban el sueño. Afuera, la negrura era igualmente profunda, por lo que tampoco había ningún paisaje a la vista.

Incómodos, algunos de los mochileros del fondo les reclamaron a los choferes que se detuvieran para poder ir al baño, a lo que el conductor les respondió que en ese tramo del recorrido no había ningún parador ni estación de servicio. “¡Dale, che! Que me estoy meando haces horas”, exclamó uno de los más exaltados. “¡Y acá hay una chica que se está haciendo encima!”, agregó otro.

Los gritos sobresaltaron a Nico, quien al no poder dormirse se sumó al reclamo colectivo. En cambio, la mujer que seguía recostada en el pasillo entre las dos hileras de asientos continuaba con sus ojos cerrados, inmóvil y envuelta en una campera con capucha.

Ante la insistencia de los pasajeros, el chofer detuvo la marcha en medio de la nada. Casi todos bajaron del micro y, sin más remedio, se internaron en los montes ubicados a los costados de la ruta para hacer sus necesidades. Algunos orinaron, otros directamente defecaron, mientras que los más pudorosos y friolentos sólo se dedicaron a fumar un cigarrillo y estirar las piernas.

La marcha se reanudó enseguida pero los ánimos volvieron alzarse a las pocas horas cuando ya era casi medianoche y los pasajeros comenzaron a reclamar una nueva parada en algún sitio donde pudiera comprarse comida. Nico ya se había acabado las galletitas de agua y una barrita de cereal, por lo que estaba hambriento, aunque no se animaba a quejarse a los gritos como los demás. “Pará en algún lado que estamos muertos de hambre”, volvió a exclamar el mismo joven que casi se orinó encima mientras sus compañeros se reían, no tanto de él, sino de su descaro por exponerse en público.

Pero la presión de los pasajeros dio sus resultados ya que unos pocos kilómetros más adelante el chofer del micro detuvo la marcha sobre la banquina en la que se alcanzaba a divisar la débil luz de una lamparita que le daba algo de vida a una especie

de toldería en la que funcionaba una cocina con una plancha y unas hornallas. Aquel puesto pertenecía a unos pobladores locales –vaya a saber de qué pueblo cercano porque no se advertía ninguna comunidad en las inmediaciones envueltas en la más absoluta naturaleza virgen- que amablemente atendieron a los demandantes viajeros.

Nico deseaba comer un plato caliente ya que no podía sacarse la piel de gallina de encima y pidió una cazuela de queso rehogado con habas y ají amarillo, en tanto que gran parte del pasaje prefirió sándwiches de carne de cordero porque eran prácticos para comer de pie ya que el puesto gastronómico contaba sólo con una sola mesita y un par de sillas.

La comida calmó a las fieras, a tal punto que uno de los pasajeros que se había mostrado más exaltado al momento de reclamar la parada del micro se relajó tanto después de comer su sándwich y fumar un cigarrillo que casi pierde el colectivo cuando éste arrancó y él se encontraba entre la vegetación buscando un lugar propicio y reservado para hacer evacuar sus heces. Pero sus compañeros de viaje notaron inmediatamente su ausencia a bordo del micro, por lo que alertaron al conductor que volvió a detener su marcha y permitió que el rezagado, que había corrido unos 200 metros detrás del vehículo agitando sus brazos en el aire y gritando, abordara nuevamente la unidad. Así, el muchacho continuó su recorrido sin problemas, pero el susto que sufrió fue tan grande que casi no pronunció palabra alguna durante el resto del viaje.

Blanca encabezó nuevamente la fila delante de sus sobrinos, la novia de su hijo y los amigos de Chelo, entre ellos, Julián. Detrás de este primer grupo compacto hubo otro un poco más grande y heterogéneo compuesto por vecinos y allegados. Esta vez no recorrían avenidas, veredas ni escalinatas; tampoco pisaban el hall de un Ministerio ni



llevaban documentos o petitorios para entregar en lo que hubiera sido un nuevo y estéril esfuerzo. Alrededor de esta fila silenciosa y vestida de negra se veían parques verdes, adornados con unas pocas flores de colores y algunos arbustos bajos y un poco raquíticos. Los haces lumínicos caían perpendiculares en el mediodía de aquel día hábil, aunque ninguno de los presentes allí pensaba en ese momento en su trabajo.

Estas personas quebradas por el dolor y el llanto cubrían sus ojos irritados con anteojos oscuros y se desplazaba por un estrecho camino de piedra, detrás de un carro de hierro con cuatro anchas ruedas de caucho sobre el que dos empleados del Cementerio Municipal de Los Indios transportaban un ataúd de cedro lustrado que brillaba como si hubiera sido plastificado.

Los empleados detuvieron el carro junto a una alta pared de mosaico color gris y uno de ellos comenzó a girar una palanca de hierro negra que sobresalía del carro, cuya plataforma férrea se fue elevando en medio de un molesto chirrido mecánico hasta llegar a mitad de la pared. Entonces, los dos trabajadores se subieron a sendas escaleras portátiles ubicadas a ambos lados del carro y tomaron el ataúd de sus manijas metálicas y lo colocaron dentro de un nicho ubicado junto al de Chelo, que ahora pasaba a descansar junto a su padre. Mientras que en la hilera de abajo yacían los restos del abuelo Francesco Bianchi, fallecido hacía más de una década. Los últimos tres hombres de la familia formaban ahora una hilera fúnebre de la que solo se salvaba el hermano mayor de Pedro, único exponente vivo de aquel antiguo apellido originario de tierras extranjeras ya que sus hijos eran todos mujeres.

Cuando los empleados del cementerio cerraron el nicho fue un golpe seco y directo al corazón de Blanca, quien sintió que le clavaban nuevamente un puñal con el que le arrancaban un pedazo más de su vida. La mujer se abrazó con Claudia y ambas rompieron en un llanto desgarrador.

-Ya se va a hacer Justicia –dijo la joven al oído de Blanca.

-Ahora no tiene caso, nena. Ninguno de los dos va a volver –respondió la viuda secándose las lágrimas con un pañuelo descartable-. Al menos, mi Pedro murió sin dolor, no como el pobre de Marcelo. Prefiero pensar en eso y no en que falleció por la angustia y el dolor que nos trajo el crimen de nuestro único hijo.

-Pero hay que seguir luchando. No queda otra.

-Vos sos joven y te quedan fuerzas para hacerlo, pero yo sólo quiero un poco de paz. Nada más.

Claudia besó a Blanca en la frente y luego se alejó de ella par reunirse con sus padres y su hermana, mientras que la viuda, fiel a la tradición, fue recibiendo el pésame y las condolencias de los demás presentes.

La novia de Chelo, en cambio, se hizo a un lado de esa ronda de personas y salió al pasillo donde se paró junto a la baranda de la escalera, junto a Julián, y sacó un cigarrillo.

-No sabía que fumabas –indicó el joven al tiempo que le ofrecía fuego con su encendedor.

-Sólo cuando necesito desahogarme.

-Entiendo. Desde que mataron a Chelo empecé a fumar el doble –dijo Julián, quien luego dibujó una mueca, miró el cigarrillo consumido hasta la mitad que sostenía en su mano derecha y lo arrojó el suelo, donde lo pisó con saña-. ¿Y ahora?

-Que se yo cómo se sigue después de todo esto. Pero de alguna forma lo vamos a hacer.

-Yo no sé de dónde saca tanta fuerza la pobre Blanca.

-En serio. Es admirable. Yo todavía no superé lo de Marce y ella ya está enterrando al esposo. Tremendo.

-Bueno, pero vos tenés toda la vida por delante. Tarde o temprano te va a llegar una segunda oportunidad, te vas a casar, a tener hijos y todo eso. Pero a ella no le queda otra que aceptar que se quedó completamente sola.

-Sabés que yo siempre me sorprendía cuando escuchaba a mis amigas decir que si sus novios las dejaban se morían porque no sabían cómo vivir sin ellos. ¡Qué ridículo! -exclamó la muchacha exhalando una larga bocanada de humo.

-Tal cual.

-Igual Juli, más allá de nuestras vidas personales, tenemos que hacer algo por Marce, no puede ser que no se sepa nada de los asesinos.

-¿Pero qué? Ya hicimos marchas, hablamos con los medios, pegamos afiches, fuimos a ver al ministro...

-Sí, pero ese hijo de puta nunca nos recibió. Ni siquiera nos respondió las cartas.

-Es que no debe tener nada para decirnos ya que la causa sigue estancada: sin acusados ni detenidos.

Claudia terminó el cigarrillo y se despidió de Julián con la única certeza de que la mejor forma de ayudar a Blanca, de salvarla del abismo, del desamparo total, era seguir reclamando Justicia por su hijo y en el camino de regreso a su casa se le ocurrió utilizar la muerte de Pedro para tratar de captar la atención del periodismo y volver a poner el tema en los medios y meterle presión a la Policía y a la Justicia.